

Ricardo Martínez

LECTURAS TRAE LA LLUVIA III

Reseñas literarias



Editorial Ortigia

LECTURAS TRAE LA LLUVIA III

RESEÑAS LITERARIAS



© Ricardo Martínez-Conde
<https://ricardomartinez-conde.es>

© Editorial Ortigia

Primera edición, 2025.

© Imagen de portada: A.O.T.

Impreso por Liberis.

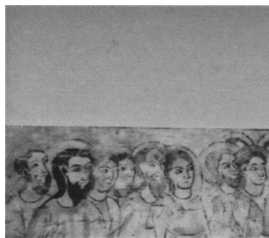
Depósito Legal: M-9064-2025

ISBN: 978-84-128570-4-7

Ricardo Martínez

LECTURAS TRAE LA LLUVIA III

RESEÑAS LITERARIAS



Editorial Ortigia

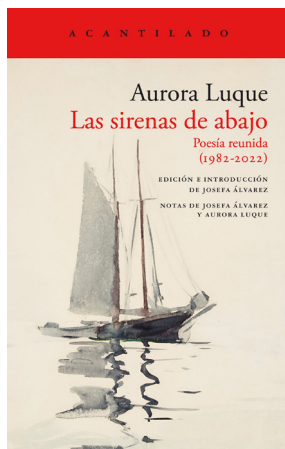
Mira su corazón.

Expresión poética esquimal

A MODO DE PRESENTACIÓN

Todos los libros se escriben para ser leídos o contados: todos tienen un lugar y un momento en los anaqueles del espacio y del tiempo. Cada libro llega y se va, pero su arquitectura siempre encierra símbolos o enigmas dignos de la memoria que deben ser registrados para que su eco no se pierda en la oscuridad.

Este volumen es un archivo de lecturas, una biblioteca personal y heterogénea cuyo deber, a juicio del autor, es perdurar, seguir existiendo en los demás. Aunque funciona del mismo modo que un faro, que referencia la costa y guía la navegación, cada lector deberá convertirse en el único intérprete de los secretos que alberga. Pasen y lean.



Aurora Luque. Las sirenas de abajo.
Acantilado, Barcelona, 2023

Se advierte, en distintos poemas, que la educación griega ha dejado huella directa y sencilla en la forma de ver-exponer-pensar la realidad próxima; una de las expresiones del decir poético: “Las calles con ventanas/ abiertas y tapiadas a la vez./ El huerto que parece/ marchito en pleno abril./ El periódico y nadie que critique/ lo banal y lo torpe./ Sin duplicar la taza./ El pijama doblado/ y la ropa quietísima...” En este caso es la soledad de su madre la que la poeta considera como modo de homenaje y afecto y vínculo hacia su figura. Y en ello lo que cuenta es la palabra elegida con medida y símbolo, con escueta significación y realidad viva, expresiva.

Es así que los elementos constitutivos son efectivos en el lenguaje, precisos en el decir y, a la vez que evocadores, incitadores a una forma de apreciar. Herencia de la cultura que cultiva el

bien del espejo. Y del paisaje cotidiano, podríamos decir, como paisaje trascendente. Lo humano y la naturaleza como convivientes naturales y, en alguna manera, armonizados.

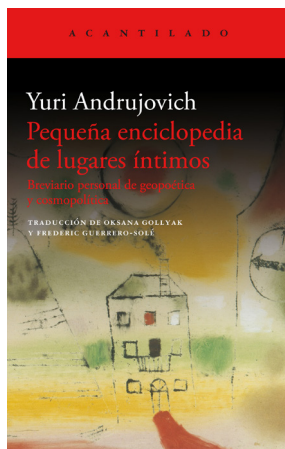
Más allá de tal consideración se trataría de entrar en el núcleo significativo, en el sentido y la forma de los poemas que componen una antología –desigual, como no podría ser de otro modo– pero que, haciendo caso al decir propio, a mi entender guarda relación de interés en la medida en que asoma el bien heredado de esa educación en la cultura aprendida, asimilada y amada de la poesía griega como referente de expresiva sencillez. Aquí no hay alusión a mitos o a ninfas, a dioses más o menos próximos, sino que se acomoda a un paisaje propio, femenino.

Es de recordar en todo momento el libro que esta misma editorial publicó de la autora a propósito del valor simbólico del mar en la poesía griega. Allí es como si todos los elementos hubieran de responder a un principio de armonía y musicalidad muy indicativos, muy didácticos.

En esta consideración, y aunque el poema vaya de algún modo amparado en un verso de Leopardi, resaltaría el poema donde la poeta alude a la palabra como moneda del misterio: “Junto a la lluvia,/ esa otra lluvia, tenue, de silencio/ que acompaña a los seres/ –los seres asombrosos de la infancia/ que crecen con la tierra y luego son/ casas de aromas tiernos o verdes poemarios./ Y tan próxima a ellos/ como a mí misma, dejo/ que el silencio y el agua me nutran fuertemente”. Aquí, creo, estarían presentes esos elementos distintivos de la poesía heredada y que la autora pretende ofrecer como respuesta propia a tal bien. En este caso por partida doble: Leopardi y la lírica griega como estimación genérica.

Más allá de ello, con todo, y dadas las muestras de germen permanente en la lírica antigua que tanto ama, cabría a la vez aludir al poema *Lotofagia*, antecedido por ese fragmento del canto ix de la Odisea: “Tardamos tanto a veces/ en entender un verso releído./ Homero puso tantas palabras en la orilla”. Homero puso tantas palabras... y ahora, en el discurso propio, se trata de acomodar el decir al sentir propio, al sentir sentido.

Sin entrar en la detenida consideración de la pródiga obra de la autora, para mí lo que resulta señalable e interesante aquí es el resaltar cómo una tradición lírica que se conoce y respeta puede prolongarse, en mayor o menor medida, en la obra propia de quien emula el origen y se vincula, en el decir propio, a la palabra como núcleo de misterio, a ese ‘*sovrumani silenzi...*’ tal como ha escrito Leopardi. Él es el que dicta, o ha de dictar, la concordia, la significación



Yuri Andrujovich. Pequeña enciclopedia de lugares íntimos.
Acantilado, Barcelona, 2023

¿Intimidad y literatura no son, acaso, sinónimos? Y aún puede alcanzar el grado de excelsitud si quien narra es un artista verbal como el ‘mitteleuropeo’ Andrujovich.

La literatura, las palabras, tienen el don de transformar la realidad real –no la realidad contada y pesada– sino la realidad verdadera, la de la imaginación. Es así como el hombre se va construyendo, va haciendo crecer el edificio que le ha de sustentar, el de su memoria.

En esta sorprendente y jugosa entrega de esos lugares íntimos que él conoce, a propósito de la capital checa escribe: “Observo el plano de Praga y, por casualidad, me doy cuenta de que el Vltava fluye de sur a norte. Es decir, aquellos días, cuando salíamos con mamá y nuestros parientes a pasear por el río, íbamos por el

margen derecho. Vivíamos en el suburbio sur, en Modrzany”. Y luego, ‘inevitablemente’, es la memoria quien le lleva de la mano para recordar el lugar: “Aún puedo recorrer mentalmente el camino entre la casa y el río, con sus hileras de cerezos y guindos. Y también los arbustos de jazmines en los jardines delante de las casas”. Observe el lector, repare, en que en ese antiguo lugar no solo aparecen muestras de la naturaleza verde, sino que, de algún modo, ellos existen porque el autor, el protagonista de aquellos paseos, los está haciendo reales en la medida en que los revive (por cierto, el lector que les transmite –disculpen– este pasaje del libro también recuerda –ha podido recordar– que en la antigua casa de sus abuelos había, en uno de los accesos a la finca –sobre todo a eso de la anochecida, cuando exhalaba su saludo hierático–, un arbusto de jazmín; y recuerda cómo el color de la luna reflejaba su entusiasmo de gratitud por verle allí en esas plácidas noches de verano).

Y continúa Andrujovich: “Teníamos que caminar un buen rato por el asfalto, y luego por una pista de tierra...”. La descripción es tan vívida que en ella no solo se hace bueno el hermoso título que nos anuncia el libro –y en ello también va algo de la prometida buena compañía del libro en su título– sino que la proximidad se hace grata a nuestros intereses por cuanto los lugares íntimos trasladarán al lector a lo que desea: que el libro, de uno u otro modo, se refiera a él, le incluya en su emoción, participando.

En cuanto a los recuerdos a propósito de Lviv, cruce de caminos, esto es, centro de vínculo geográfico, de comunicación, de trasvase de mercancías y culturas, nuestro autor se expresa con una autoridad casi moral, muy precisa: “Sólo a Lviv, repetía

yo a los quince años, y a los dieciséis, como si fuera el estribillo ligeramente modificado de una dulce canción polaca, de la que, en aquel momento, desconocía su existencia. Sólo a Lviv, fue mi respuesta a la pregunta de adónde iría a estudiar después de la escuela”.

Por desgracia, en este caso la memoria, que tantas veces es, sin ser premonitoria, esquiva o cambiante, nos llevaría hoy a pensar, haciendo uso de la cruda y demoledora realidad, ¿existirá en el paisaje actual de la bella Lviv la escuela a que se refiere el autor? Y todo por causa de las malditas guerras que los humanos parecen desear con una pasión irrenunciable.

El viaje, todos los viajes que aquí nos propone el escritor, es un regalo que debería constituir, también, algo irrenunciable para nuestra satisfacción aventurera, emocional.

Los lugares íntimos, en este libro, ofrecen un viaje que bien merece conocer, recorrer. Y memorizar, según cada cual: Guadalajara (México), Varsovia, Amberes... Pura vivencia alusiva, íntima



John Gage. Color y significado. Arte, ciencia y simbología.
Acantilado, Barcelona, 2023

Color ha sido todo, desde la forma de entender a la forma de traducir o expresarse. Ya sea música, pintura o –casi podría decirse– sentir, la vida real adquiere, por una rara arte de magia, la definición simbólica de un color: un rojo Marte, pasión intensa, dominio; un color azul: perspectiva amable de futuro; verde como promesa...

Blake, dirigiéndose a Butts, escribe: “Dos visiones perciben mis ojos,/ y la doble visión siempre me acompaña”. Y nos aclara Gage, el autor de este monumental libro colorista en el sentido más amplio y culto, “La idea de fondo en estos versos –piénsese en la variopinta personalidad de Blake, en sus imágenes pensamientos; en sus pensamientos como imágenes– es que la percepción del mundo material necesita como complemento la percepción visionaria de un segundo mundo”.

En una consideración similar –continúa Gage– a la percepción-valoración del color en este caso, “Mondrian había utilizado una brillante paleta de inspiración fauvista desde 1908, y en torno a la misma época su participación en el movimiento neo-impressionista le condujo a formular una doctrina sencilla sobre la disposición de los colores puros uno al lado del otro (he aquí un criterio de orden) ‘de una manera puntillista o difusa’. A mayor abundamiento, el propio pintor en una nota al pie de un artículo sobre el color escribió que “incluso si se añadiese negro y blanco al amarillo, rojo y azul, éstos continuarían siendo colores primarios”. Y aquí interviene una catalogación relevante: el *valor*. “Mondrian utilizó planos de colores primarios de baja saturación que pueden vincularse sin dificultad con la opinión de Ostwald según la cual la armonía cromática debía buscarse principalmente mediante una regulación del *valor*”. ¿Valor como criterio estético, como ontología?

Siempre, más o menos manifiesto, la consideración del color como una forma de expresión pensante, con funciones teóricas, filosóficas de algún modo, de armonía...

Se añaden en el libro interesantísimas imágenes –pinturas, esculturas– como ejemplos que se estudian y comparan hasta llegar a definir una forma de pensar como el ejercicio envolvente significativo de ese arte, la ciencia y la simbología que, como recurso de idea y formación estética –y, por qué no decirlo, ética– encierra en sí la vinculación al color como expresión-exposición; como vínculo del hombre sentiente con su entorno.

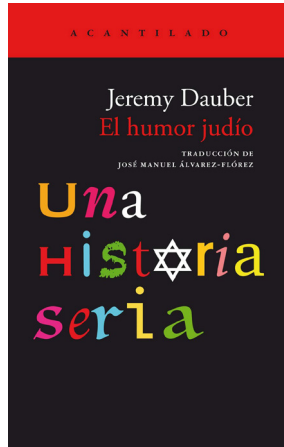
Y el libro, a la vez, va mucho más allá por cuanto en él se lleva a cabo un estudio minucioso, riguroso, de todos los significados, materiales y no, del valor del color en el código de significados

de la educación, de la comprensión espiritual de la realidad, de la inexcusable armonía.

Se estima que Huysmans se refería a la obra de Turner –todo un tratado casi espiritualizado del color– titulada *Paisaje con un río y bahía al fondo* cuando escribió: “un río luminoso que serpentea bajo los iridiscentes rayos del sol”. Tal vez una alusión representación con ese carácter especulativo-trascendente que (imagen 81) “ilustra el interés de Turner en la oscuridad y la claridad”, basado en el círculo ideado por el entomólogo Moses Harris.

El tema, no obstante, ha de considerarse abierto, pues el propio Gage reconoce haber insistido “en la inestabilidad de las percepciones del color a fin de acallar a la legión de etnógrafos y semiólogos que se han permitido hablar con suficiencia del significado y las preferencias de los colores en diversas culturas, y es que “¿qué segmento de una sociedad dada debe ser tomado en consideración?”

Color como manifestación de vida y contenido(s) profundos, interiores: eso sí, eso siempre



Jeremy Dauber. El humor judío. Una historia seria.
Acantilado, Barcelona, 2023

Habremos de entender que este libro nos habla más bien de ejemplos tomados de la realidad, de situaciones personales, sociológicas, concretas, donde se pone de manifiesto esa realidad no tanto del humor judío, tal vez, sino de la visión o interpretación que la inteligencia judía, la condición de judío deduce de la realidad (en la que vive imbricado de una manera eficiente y entregada).

Con ejemplos concretos de la posible verosimilitud; por ejemplo, el siguiente chiste, que suele situarse en la Alemania nazi: “Un camisa parda detiene por la calle a un judío y lo desafía: ¿Quién tiene la culpa de la decadencia de Europa, ¿eh? Los judíos, responde el judío, que no es tonto y sabe de qué pie cojea (*no calza, tal vez, como se lee*) el otro, y los ciclistas. ¿Los ciclistas? ¿A qué vienen los ciclistas? ¿A qué vienen los judíos? –replica el judío”.

Los ejemplos de inteligencia –para el caso de inteligencia sobreviviente, tomada la realidad cruel con sentido del humor-irónica, acaso por hacerla más llevadera– se acotan de un modo eficaz, también, en Lion Feuchtwanger, un notable escritor judío alemán que se opuso a Hitler desde el principio; él incluyó los ataques a su hogar y su propiedad en el largo e irónico inventario que ofrecía en su ensayo cómico *Balance de mi vida*: El escritor L. F. cometió 22257 pecados veniales, consecuencia principalmente de la indolencia y de una búsqueda un tanto flemática del placer. (...) Cuando los nacionalsocialistas llegaron al poder, poseía 28 manuscritos, 10248 libros, 1 auto, 1 gato, 2 tortugas (*a saber el simbolismo de estos animales, si hubiera de considerarse*), 9 macetas de flores y otros 4212 objetos que fueron debidamente destruidos, aniquilados, perdidos o sustraídos de alguna otra forma cuando los nacionalsocialistas saquearon su casa.

Lástima del escaso sentido del humor (inteligencia viva) de los políticos represores.

La didáctica transita con rara disponibilidad por todas estas páginas, fruto de un trabajo ímprobo, exhaustivo, acerca de una idea del mal llevada hasta el extremo más rechazable, pero, al fin, realidad de los hombres entre los hombres, para el caso con los judíos como víctimas.

Se aprende el sentido de la realidad, el sacrificio, la inútil ceremonia de la celebración de una dominación bárbara contra un pueblo como el judío que siempre ha querido defender su idiosincrasia –en la actualidad, por desgracia, puesta en trágico entredicho por numerosas instituciones internacionales por causa de su propia actuación beligerante contra los palestinos. Siempre Hobbes, siempre el animal hombre contra el racional hombre.

Como, tratándose del pueblo judío resulta inevitable aludir a la Biblia, a las escrituras, sirva como colofón este magnífico pasaje (p. 201) “El filósofo inglés, que conocía bien a Platón, también era un lector sutil y cuidadoso de la Biblia, y no es de extrañar que en su concepción del humor hayan influido en buena medida algunas escenas de las Escrituras. Pero, como correspondía a un perfecto defensor del *statu quo*, se centró exclusivamente en un lado de la ecuación: el sentido del humor del fuerte. En los capítulos anteriores ya nos hemos referido a esa risa desdeñosa, tan común en la Biblia (*crónica ella, dígase también, de tantos relatos trágicos*)”.

El libro, al fin, resulta de una gran fecundidad ejemplar y su lectura, múltiple, se hace llevadera por cuanto está muy bien escrito, algo de agradecer cuando se alude a uno de los episodios más desgraciados de la historia moderna de la humanidad.

Acaso, al fin, el lector concluya: no a la burda opresión, reiterada, de un pueblo sobre otro. Hagamos, al contrario, digna la libertad



Aurora Luque. Aquel vivir del mar. El mar en la poesía griega.
Acantilado, Barcelona, 2023 (reimpresión)

Grecia es, también, el espíritu del paisaje de mar. Horizonte y destino, enigma y acabamiento tienen su ser a la vez en el espacio que identifica y llama. Un destino ontológico.

Aquí, en este libro, amplia y detalladamente se recogen poemas –muchas épocas y simbolizaciones, mucho pensar trascendente en sensibilidades distintas– que, teniendo como alusión o referente el mar, nos invitan a un viaje poético que vale la pena recorrer como pensamiento, como reflexión.

De Eurípides se recogen dos ejemplos bien visibles:

“Yo, Poseidón, aquí estoy, he venido del fondo
salado de Egeo,
de allí donde los coros del Nereidas
despliegan las bellísimas huellas de sus pies”.

O bien, aludiendo a la vieja Troya destruida:

“La Troya que te vio nacer en fuego se consume
y sus acantilados junto al mar
gritan con ecos como chillaría
un ave que ha perdido a sus criaturas;
aquí por los esposos, por los hijos aquí
y aquí por las ancianas madres.
Se han perdido tus baños frescos como el rocío
los paseos de tus gimnasios”.

La belleza sencilla de las palabras sencillas, la evocación reiterada de carácter dramático por cuanto se alude a una pérdida irreparable, la elegancia rítmica que define, alude y precisa convocan siempre a la sensibilidad del lector que, gracias al verso claro, transmite con elegancia el contenido de un discurso nunca excluyente, sí próximo.

Hesíodo, en su Teogonía, quiso imaginar (y cantar con unción poética) el nacimiento del mar antes que la historia de su patria acogiese en su seno, en su sensibilidad, en sus textos, la presencia inequívoca de este como paisaje, como referencia pensante, como intuición y sueño y destino:

“Gea parió primero a Urano rico en astros,
igual a ella en tamaño –que en todo su contorno
la cubriera
para que fuera sede por siempre inconvencible
de los dioses felices. Engendró las magníficas Montañas,
refugios gratos de las Ninfas que habitan en las cumbres arboladas.
Y después parió al Mar infatigable,
bravío de oleajes, al Ponto,
sin ayuda de cópula gozosa”.

Y lo nacido vivió eternamente, vive: el Mar (de la filosofía, del Destino, de la certeza y la literatura, del sueño del hombre)



Bernd Brunner. La invención del norte. Historia de un punto cardinal.
Acantilado, Barcelona, 2023

Si consideramos, oportunamente, que el código simbólico de una realidad va más allá de su propia definición, habremos de convenir que el norte como punto cardinal encierra todos esos atributos simbólicos como para considerarle un elemento distintivo y definidor,

“El norte comienza donde acaba el sur (¿qué referente simbólico tan eficaz para tomar como ejemplo de lucha de contrarios, tal como se pondrá de manifiesto a lo largos de la narrativa histórica!). Pero ¿por dónde discurre la frontera y a partir de qué rasgos característicos podemos determinarla?” (p. 14).

Un poco más adelante el autor, el ensayista Bernd Brunner (Berlín, 1964) transcribe un pasaje del poeta suizo Charles Bonstetten acerca de lo que creyó vislumbrar en el paisaje de la Landa de Luneburgo, cerca de Hamburgo: “...allí empieza a cambiar el aspecto del paisaje; en esas zonas de brezales vi por

primera vez esos lagos que con tanta abundancia se extienden por el suelo de los países nórdicos. Esas aguas estancadas en llanuras pantanosas multiplican la triste visión del paisaje; el suelo, en cierto modo inánime, angosta el horizonte; una sensación opresiva de soledad se apodera del alma; pareciera que la tierra no fuese más que un punto oscuro que pronto se desvanecerá engullido por la niebla”. Un relato, diríase, literario y emotivo antes que de un lugar físico.

El escritor Herder, creyendo vislumbrar en la antigua mitología nórdica la prehistoria de los alemanes, la raíz de una ideología germánica romántica –a pesar de que nunca había viajado más allá de Riga– escribió: “Aquí es posible ver prodigios de la creación de nuestra tierra que ningún habitante del ecuador creería, esas masas inmensas de coloridos y bellos témpanos de hielo, las magníficas auroras boreales, las prodigiosas ilusiones ópticas causadas por el aire y, en medio del gran frío depositado encima, las a menudo cálidas grietas de la tierra”.

Hubo un tiempo en la antigüedad en que a los viajeros relatores de nuevas tierras y pueblos se les exigía veracidad como manifestación de credibilidad, pero la historia ha demostrado suficientemente hasta qué punto la imaginación –más si respondía a un espíritu romántico– ha elaborado nuevos paisajes desde supuestas realidades físicas.

Bajo el marchamo psicológico del ‘peso’ de la influencia del frío, se ha escrito –en connivencia, tal como pone de manifiesto la gestación de la idea de norte a partir de la cultura germánica, tal como lo recoge preferentemente este libro, llevó incluso a consideraciones del estilo: “¿Carecen de pasión los habitantes del Norte? ¿Son fríos y excesivamente racionales? ¿Existe un vínculo entre su capacidad de resistencia y la crudeza de sus paisajes?”.

Saluste de Bargas fue incluso un poco más allá en su definición: “El hombre del norte es bello, feo el del sur/ uno es fuerte y alto, el otro lo es menos/ aquel tiene el pelo claro y lacio, y este negro y seco/ aquel gusta del trabajo, el otro sólo estudia/ uno es caliente y húmedo, el otro, caliente y seco/ uno se alborozaba, el otro es veleidoso”.

Incluso el amor, claro está –o la idea del amor– ha tenido que transitar por entre tantas consideraciones varias, diríase que muchas veces gratuitas, a fin de que el relato resulte ‘humanizado’ y, por ello, ¡ay!, también confuso, o equívoco, o difícilmente creíble.

Bueno será, entonces, ante tanta gratuidad geográfica –que no ha cesado en el imaginario del terrícola– escuchar la voz y el pensar educado del poeta. Heine, en su *Libro de las canciones* declama: “En el Norte se alza un pino/ solo en las desiertas cimas./ Se duerme; el hielo y la nieve/ con blanco manto lo abriga.//Sueña con una palmera/ que muy lejos, en Oriente,/ sola calla y guarda luto/ sobre una roca ardiente”.

Bajo el marchamo del punto de vista germánico del libro, al menos una hermandad poética queda refrendada a pesar de puntos tan distantes en la realidad y la imaginación; una cierta vinculación emocional en las temperaturas. ¿La luz de lo complementario; aunque sea propiciado por un sueño poético?

Tierra distinta, delimitada por los puntos cardinales; tierra desigual y a la vez acogedora de todo lo humano; tierra, a la vez, tan reiteradamente agraviada, sin distinción de cuál sea el punto cardinal



Francesco Petrarca. Remedios para la vida.
Acantilado, Barcelona, 2023

Recoge este pequeño y precioso libro alguno de los ‘remedios’ aportados por Petrarca (estudiante de leyes, por cierto, en Montpellier y Bolonia; como si tuviese ya, por ello, advertencia contra los males que puedan acuciar al hombre en las distintas circunstancias que le han de visitar en vida), y sin tener que servir de ejemplo, sí pudiera serlo en cuanto a la calidad de la recomendación o enmienda moral que en él se expone en relación con el daño recibido y que se considera injusto.

El caso sobre el que se pretende dilucidar en procura de solución, lo exiguo de la casa propia, viene planteado a modo de diálogo donde el Dolor se expresa con reiteración: primero dice, ‘vivo en una casa muy pequeña’; luego, ‘tengo una casa muy estrecha’; más adelante, ‘mi casa es pequeña’. Más adelante aún,

puesto en la insistencia, el Dolor vuelve a su queja: ‘tengo una casa estrecha, pobre y ruin’, a lo que la Razón responde, puesta ya de manifiesto la queja y la sumisión insistente del quejica: “Sus paredes te preservan de los ladrones, de los vientos y de los fastidios del vulgo, que son peores aún; su tejado te protege del frío, del calor, del sol y de la lluvia. Las torres altas son para que las habiten los pájaros; las casas grandes, para la soberbia; las muy adornadas, para la lujuria; las muy bien provistas, para la avaricia. La virtud no desprecia casa alguna, salvo si está ocupada por los vicios”.

Pero he aquí que el Dolor es recalcitrante, no se conforma con argumento alguno, y vuelve a su lamento: ‘Vivo muy estrechamente’, a lo que la Razón, a modo de conclusión (y probablemente, ahito de cansancio por tanto ‘laio’) responde: “¿quieres que cualquier casa te parezca enorme? Piensa en la sepultura”.

Y de este modo tan brusco como sensato concluye el remedio, rubricado por medio de la pluma del laureado poeta Petrarca, ante la inacabada reivindicación del afectado. A todo esto, corría el siglo XIV de nuestra era.

En fin, el libro, nutritivo, simpático, moral, inteligente y previsor que nos entrega Petrarca no pudiera, creo, considerarse un a modo de ‘Relox de príncipes’ tal como unos años más adelante (siglo XV y más) habían de aparecer como textos instructivos en procura y ayuda de una buena labor para el gobernante, sino, antes bien, acaso como una ‘Mínima moralia’ de la oportunidad de convencerse más con lo que uno tiene que no alardear de queja permanente.

Y el caso, permítame el lector, es que yo trato, como discente, de ver en ello una vigente actualidad por cuanto he de decir que

presumo de tener unos amigos que llamo ‘celestiales’ en contra de otros, que probablemente estudiaron en otra escuela que no la mía, que llaman casi con desprecio ‘los sin techo’.

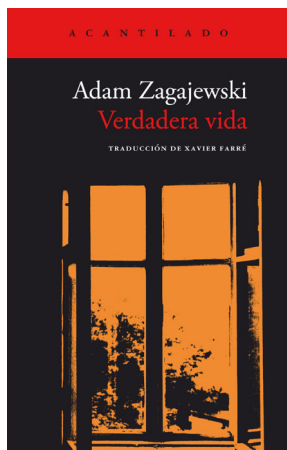
Bien, pues permítanme explicarme: para mí son celestiales porque, habiendo sido (y siendo) lector de Quevedo, él, un día, allá por el siglo xvii español, defendía que su raíz era de casa solariega, pues a esta, su casa, de no tener techo, le daba el sol todo el día. Y tal ejemplo pleno de sutileza me vino a las mientes cuando, a la hora de hablar de Joel, o de Paco o de Helen, que ocupan u ocuparon distintas esquinas elegantes de la capital de España, durmiendo al raso a diario en defensa de su sentido de la libertad, me aportaron su definición ciudadana, bien sencilla, por otro lado: en tal estado de indefensión, de no tener techo tienen el cielo con su día y su noche.

Vaya mi lectura, así, en este caso en homenaje a mis dignos y valientes amigos celestiales.

Y punto (como acaso concluiría Quevedo).

No es solución, pero seduce su libertad, sea.

A otros muchos remedios alude, es cierto, la prosa de Petrarca, pero eso ya depende de la inteligencia interpretativa del que leere; que entienda



Adam Zagajewski. Verdadera vida.
Acantilado, Barcelona, 2023

El autor renueva, en estos versos, su función tan delicada de observador-descriptivo-pensante para trasladarnos una forma de sensibilidad que le ha acreditado como notario atento, literario, de la realidad de estos tiempos.

Siempre es oportuno una voz así, educadora y animadora a reparar en el matiz de las cosas. En este caso, es curioso, me pareció que, en uno de los poemas, *Instrumento*, acaso no sin deliberación, alude a algo así como a un trasunto irónico que me llamó la atención a la vez que me parece –tal vez, tal vez– muy oportuno y sugerente. Y manifiesto la doble duda no sin intención.

Después de una serie casi retórica de preguntas que se le plantean al protagonista –al lector–, este se topa con el dilema, no pequeño, de seguir respondiendo a ciertas vinculaciones con

la música; ¿o con la mística? Estas pudieran ser, por qué no, alusiones pertinentes en la intención del poeta, pero tales valores o vínculos pudieran, también, ser complementarios, y a la vez disímiles, por cuanto uno de ellos podría aludir a una pasión casi instintiva y el otro a una pasión casi racional: "...y qué es la música en general, cree usted que la mística tiene futuro, y si lo tiene, por qué?". ¿Error tipográfico? ¿Desprevenida meticulosidad?

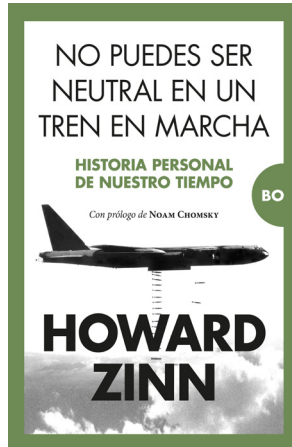
Es un dilema curioso, intencionado diríase, que hace pasar al lector embebido en la lectura desde una postura casi material, electiva, a otra que se nutre de ensayismo cuando no de una voluntad de pertenencia a una categoría filosófica llena de significado.

El autor, nutrido de cultura amplia como para jugar con el valor intrínseco de las palabras, parece aludir a juego retórico y pensamiento hondo a la vez. Una postura curiosa como deriva de un poeta que, si bien ha sido generalmente profundo, ha sabido también aludir a la realidad concreta y material como alimento poético.

El libro, sin embargo, parece alejado de lo que ha venido siendo el tono natural del autor, estando más vinculado ahora, en este caso, a lo anecdótico, casi circunstancial, con una cierta intención prosaica, por ejemplo, en el poema *Estambul*: "Vuelvo a ver a esos muchachos, en el sol/ del sur, cómo se tapan la nariz/ y saltan al mar en Estambul/ desde un bajo muelle de cemento (...) No sé si eran felices, pero yo/ lo fui, por un momento, en el fulgor/ de un día de mayo al mirarlos".

¿Y eso es todo? Si al menos quisiese referirse al hermosísimo fresco de la tumba etrusca que representa *El saltador*, donde la imaginación constructiva nos lleva a pensar que todo es elegancia, trascendencia, belleza.

En fin, leer, una vez más, para leerse; el bien de la poesía



Howard Zinn. No puedes ser neutral en un tren en marcha.
Almuzara, Córdoba, 2023

Las palabras, a modo ya de emblema como comportamiento social, que pronunció en su día Martin Luther King fueron las siguientes: “Lo extraño no es que el mentiroso mienta, lo extraño es que el que conoce la verdad no responda”. Y algo así reitera algo más tarde este luchador social, el profesor Zinn, en el sentido más amplio y comprometido de la palabra: “A veces callar equivale a mentir”. Así leemos, al menos, en este libro sobrio, documentado y rico en enseñanza cívica en su página 151.

Estamos, pues, lector, sí, ante lo que Blas de Otero definió en sus poemas como un ‘redoble de conciencia’. He aquí una invitación a la consciencia social como paradigma de comportamiento ético, de rebelión intelectual ante el discurso interesado y falso que tanto se nos prodiga por parte de aquellos que dicen ser

nuestros legítimos representantes políticos. Las palabras del malhadado presidente USA para justificar la malhadada invasión de Irak fueron de un realismo mezquino: ‘y, al final, como no existían razones aprobatorias para justificar la invasión, hubimos de inventar los argumentos que lo justificasen’.

Y el mal continúa, y la(s) guerra(s) continúa.

Es difícil que un lector que tenga la voluntad de entender y de aceptar el compromiso de dar su opinión sincera acerca de la realidad que nos circunda (y asfixia en tantas ocasiones) no pueda rebelarse contra tanta iniquidad no solo material, sino también moral, y aceptar sin más lo que la realidad política hoy depara en los telediaris. ¿De qué guerra estamos hablando? ¿De cuál? ¿De qué tipo de guerra estamos hablando? Y aquellas guerras cronificadas, latentes sin generar noticias, ¿qué es de ellas?

El libro constituye la crónica de toda una vida, la de este hombre, Howard Zinn, del que se nos dice que: “parece improbable que un profesor de historia se vea involucrado, o incluso sea protagonista, de tantas peripecias y ventura como él lo fue” al tiempo que se nos recuerda, no sin argumentos, que “pocos hombres han sido tan fieles al compromiso con la vida, la libertad y sus semejantes desfavorecidos”.

Toda una vida, todo un compromiso que un novelista también comprometido, Carlos Fuentes, definió un día de una manera tan poética como ontológica: “La libertad no existe, la libertad es algo a lo que se tiende”.

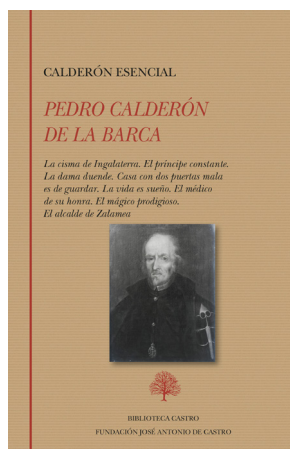
Y para ello se exige: condición moral, actitud ética, pensamiento leal en favor de la concordia y el diálogo. En contra, pues, de cualquier tipo de *fake news* vengan de donde vengan, y sea cual fuere su difusor.

El libro, al fin, resulta ser una ‘lección didáctica’ entrañable, un fundamento racional y teórico acaso para que el mundo real, lejos de ser un vertedero de irracionalismo iconoclasta, sea el principio de una actitud constructiva necesaria.

Y, aceptémoslo, a pesar de todo –de todo el mal acumulado– alguien se dirá: y para qué implicarse críticamente si todo va a seguir igual, si es que no empeora aún más. A lo cual, entre otras cosas cabría responder: precisamente para eso, para que la realidad histórica no sea un cúmulo de errores intencionados, acumulados en contra del otro. No sea ya, una vez más, el propiciar ese *Homo homini lupus est* de Hobbes, y sí un paisaje donde quepan la palabra y la libertad del otro sin que constituya una amenaza, sino un viento renovador y necesario.

Cuando en la concentración de Brandels de 1975 nos encontrábamos en plena sesión –escribe el profesor Zinn: “apareció un estudiante corriendo y agitando un periódico: Saigón se había rendido, la guerra había terminado”. Y añade, a modo de colofón necesario: “Todo el público del auditorio se puso en pie y se oyeron exclamaciones de alegría (...) Sentí una gran alegría, pero, por encima de todo, una sensación de alivio al pensar que por fin se habían terminado las muertes”.

Bienvenidas tales noticias, bienvenida sea la necesaria moral de la libertad. Así se deduce como conclusión, simbólicamente, también, del prólogo de Noam Chomski, hombre de compromiso social donde los haya, cuando escribe que “la vida y la obra de Zinn son un modelo inolvidable, que seguramente dejará un sello permanente en la forma de entender la historia y de vivir una vida decente y honorable”



Pedro Calderón de la Barca. Calderón esencial.
Biblioteca Castro, Madrid, 2023

El teatro es, ha sido siempre, no solo la gran representación de la realidad que enmarca al hombre, sino también, por extensión, el espejo que refleja el interior de su propia alma. Y Calderón supo hacer buena, como autor, esta máxima que ha interesado siempre al verdadero protagonista de tan inmenso argumento: el propio hombre.

Ha sido, además, uno de los dramaturgos más valorados en el ámbito internacional, de ahí el poder señalar, sobre todo, la repercusión que ha alcanzado, con el tiempo, su obra *El príncipe constante*, que ha gozado, entre otros, del elogio de Goethe.

Y qué decir de la vigencia, acaso por su argumento: la importancia del libre albedrío en esa obra paradigma del sentido moral y ético del protagonista en *La vida es sueño*, obra a la cual,

es posible, quepa deparar tan largo futuro como valor intrínseco tiene su significado en el devenir humano ‘como ser y representación’.

De ahí el saludar sin ambages este volumen antológico de sus obras, donde podremos acercarnos al pensamiento social, político y cultural no sólo de una época, sino de una consideración íntima y estética en su valor cívico de la significación del cortesano, del ciudadano por extensión, como definición dentro de cualquier sociedad pasada o futura.

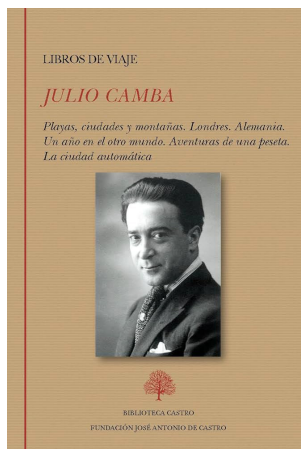
Cabe ratificar, desde luego, lo que se nos dice en la presentación a modo de advertencia cultural: “Pocos nombres han alcanzado la altura de Calderón de la Barca (hombre del siglo xvii, del Siglo de Oro, definido con justicia) en la historia del teatro universal”.

De sus obras, abundar en la relevancia, ya queda dicho, de *La vida es sueño*, tal vez su obra favorita, estrenada en 1630, donde “el paralelismo histórico con el distanciamiento entre Felipe ii y el imprudente príncipe Carlos no pasará desapercibido a ningún espectador de la época” a pesar de que la acción se traslade a Polonia.

De *El médico de su honra* destacar el tratamiento de aquel tema recurrente (en qué época no) del amor y los celos. En *El príncipe constante* resalta, además del tema de la dignidad y el libre albedrío en la defensa de una causa, la exquisita riqueza verbal, casi musical en tantas ocasiones, que sigue fascinando por su atemporalidad. En fin, en *El alcalde de Zalamea* el tema del honor aparece como paradigma de defensa moral y social y, tal como se nos explica, aquí es también “de apreciar el valor de lo cómico en el teatro calderoniano a través de los donaires y

gracias”, fecunda herencia recibida de su meritísimo predecesor Lope de Vega.

Sea, pues, bienvenido el presente volumen, un grato presente a la fidelidad del exigente lector. Él propiciará la vigencia del genio literario



Julio Camba. Libros de viaje.
Biblioteca Castro, Madrid, 2023

Así como la literatura constituye un viaje, así también el viaje conforma interiormente a la literatura. Íntimos, caminan juntos y han caminado –más aquí de las páginas, más allá de las páginas–, siempre entre las palabras de sorpresa, de intriga, de quietud o aventura o espera... Donde cabe también, como no podría ser menos, la paradoja: “Durante mucho tiempo yo me había limitado a creer que los alemanes habían perdido la guerra por exceso de organización. Desde las aventuras que acabo de relatar (*¡Viva la desorganización!*, dentro de *La peseta en Teutonia*, página 725) voy mucho más allá en mis convicciones, y creo que los aliados no hubieran podido vencer nunca si no estuviesen tan desorganizados como estaban...”.

Así entendía la realidad el viajero Camba, con la necesaria ironía para entender de verdad por dentro de las cosas. Tal vez

por ello, en su extensa labor viajera, en la misma Alemania (‘el país de los letreros’) se exponía a que le calificasen de un modo como él intuía. “Yo temo que el mejor día me pongan en la cabeza un letrero que diga: ¡Desconfiad! Periodista extranjero”.

Viajó por numerosos países, por nuestro continente y, con reiteración, más allá de él: Italia, Alemania, Nueva York, Reino Unido, Nueva York. Y también profusamente dentro de su propio país, para incluir su natal Galicia en sus jugosas memorias de lugar.

¿Qué lugar reclamó con mayor atención-intención su curiosidad? ¿Tal vez Nueva York, que no solo está en el otro mundo sino que llegó a interpretarla como ‘la ciudad automática’? Algo similar, acaso, si bien en otro tono, como la vio García Lorca en su mirar poético.

Sería bueno, considero, el conocer el origen –físico y moral– del señor Camba, y para ello qué mejor que acudir a su lugar de nacimiento, a su paisaje. ‘Se es de un paisaje’, escribió Claudio Magris. Y a fe que con acierto.

En Villanueva de Arosa (donde ya había nacido, unos años antes, el animoso Valle Inclán, también viajero a su manera) conservan sus fondos documentales, y, derivado de ello, la isla de Arosa es uno de sus referentes. Y ahí, además de formarse el componente ético y estético del periodista ‘móvil’, podemos comprobar que sirvió para afinar su sentido del humor.

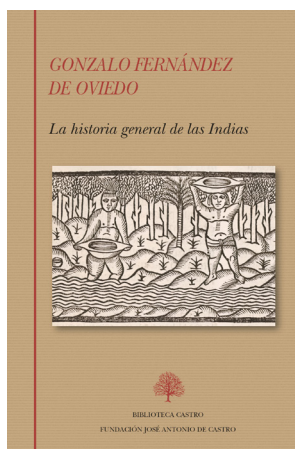
Al comienzo de este libro tan geográfico y viajero leemos: “Tengo el deber de decir que la isla de Arosa es uno de los países más pacíficos del mundo. Sus habitantes viven de la pesca y de las industrias que de ella se derivan (...) Un día llegó a la isla un obrero portugués, contratado para trabajar en una fábrica. Era socialista, y bien pronto comenzó a propagar entre sus

compañeros la buena nueva. Al cabo de algunos días se habían constituido en la isla de Arosa dos grandes partidos: el de los obreros y el de los burgueses. La nomenclatura de estas dos agrupaciones daba origen a graciosas antinomias. A lo mejor se le preguntaba a un trabajador que iba a su tarea, descalzo y con las ropas desgarradas: ¿tú eres obrero? Y el trabajador, con un tono de enérgica convicción, respondía: no, yo soy burgués”.

La didáctica ironía le sirvió, en adelante, para sus valorados artículos como marchamo de observador. Allá quien piense si pertinente o impertinente. Lo que se podría afirmar es que, muy probablemente, este artículo no lo escribió en su refugio dorado del hotel Palace.

Un escritor fino, perspicaz, original, y un adelantado en la consideración del sentido del humor como una forma muy consciente de observar la realidad, a veces nada cómica.

En fin, ¿por qué no visitan su artículo titulado *Los besos del Luxemburgo* para apreciar la amable didáctica sonriente de su elaborada pluma? Vale la pena



Gonzalo Fernández de Oviedo. La historia general de las Indias.
Biblioteca Castro, Madrid, 2023

Por qué será que el solo nombre de Indias evoca vagos y seductores colores, lenguaje afinado y claro, tendencia a una forma de ensueño... Pero es así, de modo que lo que unos ven o sienten como una agresión conquistadora, otros, sin desdecir de los primeros, ven paisajes de viaje para la imaginación, para el decir y pensar:

“Caimito es un árbol de los más conocidos que puede haber en el mundo, porque sus hojas tiene cuasi redondas y, de la una parte, están verdes, y de la otra secas o como chamuscadas. E así, aunque esté entre mucha espesura de árboles se conoce y es muy diferenciado entre todos ellos. Echa una fruta morada, prolongada y tamaña como el trecho que hay entre un dedo de coyuntura a coyuntura, pero no tan gruesa como el dedo. De dentro es blanca

como leche y zumosa, y cuando se come es aquello como la leche pegajosa y espesa”.

Entiéndase que en una Historia General ha de haber información de todo tipo, y no por ello, para conocer, han de enfrentarse las informaciones, sino complementarlas.

El libro es un dechado de virtudes expresivas, literarias, y aquí leer equivale al recorrido en un largo viaje donde lo humano y lo material conforman un mosaico ameno, muy didáctico, y de reiterada consulta por cuanto se apoya el texto también en imágenes tan sencillas como explicativas.

Para la costumbre de la época, este libro que se conforma en una subdivisión de 19 libros con distinto número de capítulos más un ‘Libro último. De los infortunios y naufragios’ –de todo era lógico que hubiese– que habrá supuesto una fuente estimadísima de rico conocimiento. Sería bueno tomar en consideración que estamos en los siglos de la curiosidad y la ciencia, del despertar de los conocimientos humanos y geográficos, y todo ello está aquí consumado. Europa se desarrollaba como pionera cultural y los lectores, en aumento, estaban ávidos de ‘noticias curiosas’.

De todo cariz, pues el cronista no descuida, como sería de esperar, las noticias más humanas: “Así que, volviendo a la historia, entre las muchas mujeres que un cacique tenía siempre había una singular que precedía a las otras, por generosa o más querida, sin ultrajar a las de demás ni que ella desestimase ni mostrase señorío ni lo tuviese sobre las otras”.

Se nos informa muy oportunamente, como suele ocurrir en las addendas ilustradas que suelen acompañar a los libros de Castro, que “Gonzalo Fernández de Oviedo, cronista de Indias y viajero por excelencia, nació en Madrid en 1478. Pese a sus

orígenes modestos vivió su adolescencia en la corte al servicio del príncipe Juan, viajó a Italia y en 1514 se embarcó bajo el mando de Pedrarias Dávila en el proyecto colonizador de Castilla del Oro”.

Fruto de estos primeros años en las Indias publicó *De la natural historia de las Indias* (1526), más conocido hoy día como el *Sumario*. Alentado por este éxito editorial y por su nombramiento como cronista oficial que le permitirá el acceso a toda suerte de relaciones sobre los nuevos territorios, en 1535 Oviedo decidió autofinanciar la impresión de la primera parte de su *Historia general y natural*.

Sea pues, pasen y lean para su provecho y deleite



Alfredo González Ruibal. Tierra arrasada.
Crítica, Barcelona, 2023

Guerra es sinónimo de destrucción en sus múltiples acepciones inacabadas. Y una sola: muerte, desaparición.

Lo curioso es hasta qué punto, con todo su contenido de acababilidad y desaparición, haya tenido desde siempre tanto predicamento dentro de la simbología vital del ser humano; y digo curioso por cuanto al hombre le va todo el empeño en ello: su propio acabamiento, su propia destrucción (Y si bien en su resolución positiva, digamos, el que mata, resulta triunfador, no tardará en venir aquel cuyo protagonismo adquiera relieve gracias al acabamiento de este: sea por el método que fuere, sea del modo como fuere: ¡Ay, la triste guerra del hombre en guerra!, tal como se lamentaba el sabio).

El texto de nuestro autor, siempre siguiendo con rigor y método y conocimiento los largos avatares que atañen a la guerra en

la vida del hombre, nos sitúa en una posición privilegiada para ser observadores críticos de esta perdurable realidad por cuanto nos transmite datos y situaciones prácticas desde su lado del conocimiento: su condición de arqueólogo, conocedor de la historia de la humanidad a través de los restos de sus habitantes y, con carácter específico, estudioso de las circunstancias habidas en las grandes masacres históricas. Por ello su testimonio está tan lleno de realismo como de expresividad cuando se refiere, al ritual de las armas: “La costumbre de arrojar armas y adornos a las aguas o esconderlas en afloramientos rocosos está bien atestiguada desde el Calcolítico y alcanza su apogeo (o su paroxismo, según se vea) durante la Edad del Bronce. A partir sobre todo de 1500 a.C., las aguas de Europa se llenaron de armas y se continuaron llenando hasta los inicios de la Edad Media”.

A la hora, no obstante, de narrar la supervivencia o no de las ciudades y de las circunstancias que atañían a la realidad cotidiana, a veces lo que se nos ha narrado en forma más o menos dramatizada resulta revelador. Así, sostiene el autor, “ha habido períodos o fases de descentralización –el caso, entre otros, de las ciudades poderosas y representativas– en las que se volatiliza la autoridad central y parece imponerse el caos. Sin embargo, muchas veces –no siempre– significaron más libertad para la gente y menos explotación”.

El caso del Imperio romano resulta significativo: estudios antropológicos sobre una gran muestra de esqueletos han revelado que “en la Europa ‘bárbara’ se vivía mejor que en la romana, y la gente estaba mejor nutrida, era más alta y gozaba de mejor salud”.

Ahora bien, en todo estudio globalizador como perspectiva histórica conviene reparar –y así se ha hecho– en los distintos puntos de vista que, sin enfrentarse, aportan cada cual una

visión bien expositiva: “La guerra –escribió Lewis Mumford– no es el residuo de formas de agresión más primitivas (...) En sus aspectos más característicos, como la disciplina, el entrenamiento, la organización de grandes masas de hombres en unidades, los sacrificios heroicos, el exterminio, las conquistas y la esclavitud, la guerra es más bien un invento típico de la civilización: su drama más perfecto”.

Y de aquí, claro, el derivar la decepción de la guerra en el hombre frente a lo representativo de su ubicación plena dentro del comportamiento más o menos racional del individuo.

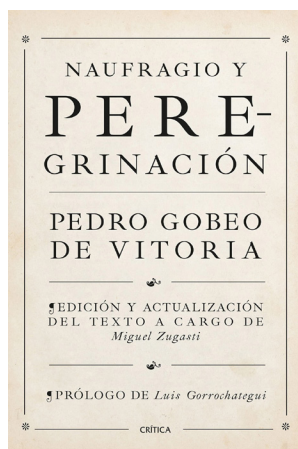
Narra el autor más adelante –con rico lenguaje y habilidad literaria– casos paradigmáticos habidos en guerras con héroe: el caso de Pero Niño, conde de Buelna, que, en una batalla que tuvo lugar en la ciudad de Pontevedra en 1397, el protagonista de la crónica se lanzó al combate “como faze el lobo entre las ovejas, quando no an pastor que las defienda”. Luego, es cierto, recibió golpes en todos los lugares de su cuerpo, pero aún así sobrevivió a otras lides sangrientas, muriendo a los setenta y cinco años, en 1453.

También el suceso habido con el pueblo Hopi, en Arizona, una madrugada de 1700. Fue de tal naturaleza la refriega que “a la mayoría los quemaron vivos en las *kivas* o espacios rituales”. En cuanto a las mujeres, acabaron mutilándolas y masacrándolas a casi todas. El poblado, de unos 800 habitantes, desapareció de la faz de la tierra. Se convirtió en un lugar maldito, permaneciendo en la memoria más triste de aquellos lugares. Y todo por una traición perpetrada por el jefe del poblado.

Al fin, la guerra, es cierto, sigue de algún modo perpetuándose en la memoria como una costumbre y un mal, tal es una posible conclusión: “Lo cuenta uno de los investigadores

involucrados en la investigación de crímenes de guerra. Un hombre entra en la morgue donde están clasificando los restos. Observa un jersey marrón oscuro dentro de una de las bolsas de cadáveres. Se abalanza hacia él llorando, lo abraza y exclama: ‘Es mi hermano’”.

Y continúa el relato en este libro avalado por el conocimiento y la experiencia: “Puede que para el forense –acaso él mismo, el autor– el jersey fuera una prueba judicial, pero para el hombre que perdió a su hermano es la encarnación de un ser querido”. De nuevo, pues, la conclusión de Hobbes: *homo homini lupus est*



Pedro Gobeo de Vitoria. Naufragio y peregrinación.
Crítica, Barcelona, 2023

Navegar es vivir, lo sabe todo marinero. Navegar es ser, lo sabe todo hombre de bien. Navegar es... gozo y dolor, aventura y calma, pasado y futuro en la memoria, en el corazón.

Esta hermosa narración lo tiene todo, y todo lo contiene dentro de una calidad literaria seductora a la que es difícil que el buen lector se pueda resistir. Desanimado y con el ser incierto luego de una malhadada travesía, escribe Gobeo en un pasaje: “Comencé a cavar mi sepultura con mis propias manos, ayudándome de una conchuela que había traído de la playa para el efecto y de las muchas lágrimas que vertía, pues al ser tantas, aun cuando la tierra estuviera dura se ablandara”.

Aún así, en tal situación, cavaba en un espacio que se podría decir guardaba algo de esperanza; el lugar “era estrecho, rodeado por todas partes de peñascos altísimos, tanto que por partes se

perdía el cielo de vista. Me pareció a propósito este pequeño sitio –por tener el suelo de arena (*nunca lejos del mar*)– y acomodado para hacer un hoyo en que vivo enterrarme, y también porque desde allí divisaba el cielo”, que es como decir, divisar una forma de destino plácido, como cuando el marinero emprende aventura al navegar.

La prosa es sobria, limpia, descriptiva, y la narración, así, se deja llevar –y nos lleva– como una antigua y aceptada compañía.

El navegante, Pedro Gobeia de Vitoria, nació en Sevilla hacia 1580. En 1593, con apenas trece años de edad, emprende viaje al Perú con el ensueño de vivir aventuras y hacerse rico. Tardó más de dos años en llegar a destino y tuvo que superar obstáculos de todo tipo. El principal de ellos, la marcha a pie por la peligrosa costa de Esmeraldas (Ecuador) durante más de 800 kilómetros.

El libro, se nos indica en el documentado prólogo, “fue publicado en Sevilla en 1610, siendo el relato de la juventud de nuestro protagonista” pues, en 1602, era ya el precoz Gobeio un veinteañero en Lima. El contenido de la historia en sí encierra avatares, aventuras y valentía a través de mares y tierras americanas, y diríase que, en sí, es un homenaje a la voluntad material y espiritual que movió a tantos emprendedores españoles en el siglo xvii.

En palabras casi emocionadas narra Goroategui en el prólogo: “Su vida transcurrió durante el Siglo de Oro, cuando se hallaron los límites del mundo, una época que imprimió el gran empuje a España, que supo mantener hasta el siglo xix”. Ese gran empuje a que se alude habría de constituir en la historia de España el reflejo de un dominio territorial de siglos, un crecimiento económico sin igual en el imperio establecido, y ello

sustentado, como se pretende exponer, en grandes sacrificios que habrían de dejar huella en textos de la mejor literatura aventurera: “Volví de nuevo a luchar con las ondas, que casi me privaron de sentido y vida, y trayéndome de unas partes a otras, como a un cuerpo muerto, pensé acabar allí con los azotes y reventazón de la creciente; y sin duda fuera ello así si de repente no me hallara, sin saber cómo, asido de un peñasco, donde a lo que entiendo me arrojaron las olas”. Un decir vívido asumido con voluntad y firmeza, una narración humana y heroica donde las hubiere.

Haciéndose eco de esta múltiple gesta americana, concluye el prologuista como a modo de identificación con un ideal: “Y aunque a nadie se le ocurra todavía tomarlo como modelo para una estructura planetaria del futuro, integradora y multipolar, quizá podamos mientras tanto, extraer alguna ejemplaridad en las nunca vistas andanzas de Pedro Gobeo de Vitoria en la selva ecuatorial, cuando los sujetos eran elevados por sus ideales”.

En fin, lo demás ha sido... y sigue siendo la historia



Anthony Sattin. Nómadas.
Crítica, Barcelona, 2023

El nomadismo ha conformado siempre una buena parte del devenir del género humano. Y ello por distintas razones. “Espero demostrar –escribe el autor, a modo de presentación de su obra– que los nómadas se han visto reducidos a las anécdotas y reflexiones de nuestros literatos e historiadores, como si se empeñaran en confirmar la observación de Giles Deleuze: ‘Los nómadas no tienen historia, solo tienen geografía’ (...) Se trata de una omisión engañosa, que además quiere decir que nos hemos perdido la orgullosa y meritoria historia de esos pueblos (...) ellos, que han constituido siempre la mitad de la historia humana y han hecho contribuciones esenciales al progreso de lo que muchos historiadores tradicionalmente han llamado civilización. Aunque la suya parece estar a la sombra de la nuestra, la propia crónica nómada no es ni menos maravillosa ni menos relevante” y alude a Roma

(siglo II a.e.c.) que, después de derrotar a Cartago, se convierte en ama y señora del Mediterráneo, o cuando China florecía con el emperador Wu de Han y a lo largo de las Rutas de la Seda comenzaban las primeras aunque escasas relaciones comerciales entre el río Amarillo y Europa.

Como testimonio escrito relevante de lo que ha sido la vida de los pueblos nómadas a través de sus narradores, junto a Herodoto, escribe Sattin, cabe citar a Sima Qian, quien, al otro lado del mundo, en su obra *Shih Chi (Shiji)*, completada alrededor del año 80 a.e.c.) “Si Herodoto ha sido mi guía para conocer la historia de los nómadas griegos, persas y escitas, Sima lo ha sido para conocer la de los chinos”.

Tal vez constituya una cierta sorpresa esta alusión, por cuanto nosotros solemos asociar al nómada como aquel que, por razones de necesidad, se ha visto obligado a abandonar sus tierras en procura de mejor vida, ahora bien, también ha sido una razón de movilidad a lo largo de la historia la voluntad de poder y dominio, el peso de la fuerza y la audacia de unos pueblos sobre otros (*el eterno referente de la montaña y el valle, interior y orilla, por ejemplo*) para ganar protagonismo y con ello el dominio en procura de mayores riquezas y bienestar; esa eterna actividad del hombre como dominante natural: el poder del más fuerte, la supervivencia como fin natural.

A este respecto leemos (p. 149) una alusión expresiva a una sociología, digamos, de la situación: “Los pueblos sedentarios carecen de la simplicidad, de la reciedumbre y de las otras muchas virtudes que Ibn Jaldún admiraba de los que viven en continua mudanza: ‘las gentes de la ciudad se acostumbran a la comodidad y la pereza, se hunden en el bienestar y el lujo. Confían la defensa de sus propiedades y su vida al gobernador que les rige y a la

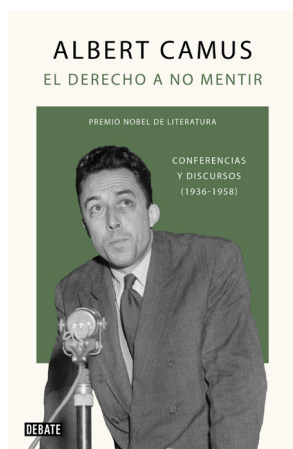
milicia que tiene la tarea de custodiarlos. Encuentran seguridad en los muros que los rodean y en las fortificaciones que los protegen, pero esta confianza –concluye– los vuelve vulnerables, en especial a los nómadas, más capaces de alcanzar la superioridad y arrebatárselos a otras naciones cosas que tienen en sus manos’”.

Voluntad, inteligencia, progreso técnico, necesidades materiales, afán de conquista y mejora acaso muevan con mayor ímpetu a aquellos que han de arriesgar para alcanzar cotas de poder, procura de bienes materiales para vivir mejor, más holgadamente según sus aspiraciones y deseos.

No confundir, eso sí, con el hoy día desplazamiento necesario y cruel por causa del opresor de las libertades en algunos países, con la necesidad imperiosa de haber de comer, de estancia en territorios de paz, sino como reivindicación ineludible tantas veces, y ahí se confunde, se imbrica el relato para hacer de la historia una narración humana de razones vinculadas. En este sentido leemos (p. 296) la migración de los *Bajtaris*. “Cincuenta mil hombres, mujeres y niños se disponían a trasladar medio millón de animales unos doscientos cincuenta kilómetros de terrenos difíciles para desplazarse desde los pastos de invierno en los márgenes de la llanura de Mesopotamia a los pastos de verano en los montes Zagros. No porque quisieran ir, aunque muchos de ellos sí lo deseaban, sino porque tenían que hacerlo: ‘No hay nada verde y los rebaños van a morir, y después de ellos, las mujeres, los niños y, por último, los hombres’”.

Lo curioso, a día de hoy, es que nos podríamos plantear como premisa, como dilema ante la vida: narraciones de ayer, pero también narraciones de hoy.

El hombre en la historia a merced de sus necesidades y pasiones; y así continúa



Albert Camus. El derecho a no mentir.
Debate, Barcelona, 2023

Como caso paradigmático de conciencia, es decir, como voz –literaria en este caso– que hubiese de estar respaldada en todo momento por el ejemplo de una opinión de conciencia (de adopción propia, en la realidad, del contenido expuesto), habría de citarse, necesariamente, la voz de este autor que se implicó muy directamente siempre en contra de la brutalidad de la guerra, de toda injusticia y a favor de la libertad.

Tal es lo que recoge este libro: los artículos publicados por el autor en sus colaboraciones aparecidas en la revista *Combat* correspondientes a los años de 1944 a 1947, esto es, el año anterior al final de la segunda gran guerra, y siguientes. Y la prueba de su postura crítica en contra de la barbarie y la opresión, del sinsentido de la guerra en contra del sagrado derecho de la libertad, se encuentra bien pronto, a propósito de la postura de

algunos industriales acatando las disposiciones dictadas por el gobierno propiciando, de algún modo, los intereses del enemigo: “No hay nada que tengamos más claro: el deber de los grandes industriales franceses en 1940 era ponerse, y esta vez en nombre de los verdaderos intereses de la nación, por encima de la ley y del Gobierno”. Una postura rebelde, enfrentada a cualquier tipo de injusticia o consentimiento del dominante.

En otro caso está lo contradictorio o paradójico de la postura entre dos naciones amigas, vecinas, que, no obstante, toman decisiones divergentes en aras de su realidad o intereses propios: “Queda la política interior. Ciertamente es que se trata del pecado original de los franceses. Ciertamente es que nuestra prensa no siempre escoge entre la crítica clarividente y la polémica estéril. Pero nuestros amigos ingleses no deben olvidar que los franceses tienen cierta razón al mostrar cierta energía y, a veces, tanta violencia en sus reivindicaciones internas. Inglaterra no ha pasado, como nosotros, por el fenómeno de la traición oficial”, aludiendo a la postura del general Pétain, héroe en la primera guerra, traidor en la segunda.

El libro constituye, de alguna manera, un alegato ético respecto de la postura que, en un caso de tragedia como pueda serlo una contienda, ha de prevalecer por cuanto una cosa es la causa y otra la postura cívica en relación con ella. En tal sentido, en un momento dado se alude a la juventud como beneficiaria, también, de tanto horror y sufrimiento: “Pero, aunque nunca será posible fundir en una misma mentalidad a hombres cuyos sufrimientos son diferentes, al menos no hagamos nada que pueda impedirlo. En el presente caso, no añadamos a las angustias de los jóvenes franceses una condena que los sublevará si la consideran injusta y que los pondrá en una situación de inferioridad si

les parece plausible. Tenemos muchas razones para caer a veces en la amargura. Pero, dentro de lo posible, debemos guardárnoslas para nosotros mismos”.

Al fin, al enemigo común sólo se le venció con las armas de la solidaridad entre las naciones que defendían un ideario abierto en favor de la libertad; en contra de cualquier opresión, de cualquier dictadura. Y en cuanto a la función destinada a la prensa –en donde él mismo podríamos decir que estaba encuadrado– en tales situaciones de conflicto: “Las condiciones del periodismo no siempre se prestan a la reflexión. Los periodistas hacen lo que pueden y, aunque inevitablemente fracasan, pueden al menos lanzar al aire unas cuantas ideas a las que otros darán mayor eficacia”. En su caso, sin duda, la labor llevada a cabo –que ahora se recuerda como postura constructiva y de valor– ha sido fructífera



Pascal Quignard. El amor el mar.
Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2023

El título ya supone un a modo de descanso estético, y propicia la percepción de un ver-percibir, un sentimiento sensible. Buen prólogo –más o menos explícito– para el inicio de una aventura –todas lo son– de lectura literaria.

Es curioso porque, ya por el interior del texto, nos topamos de nuevo con una ambigüedad que, como casi todas, no es ingenua, y menos en este caso, me temo. La frase que otorga amplitud a la interpretación dice así: “Le gustaba infinitamente beber infinitamente”.

El lector, el lector atento, ha de sentirse, a través del discurso –tan metódico en su vaguedad poética (adviértase, no hay coma, separación, entre mar y amor), tan sugerente más allá de las significaciones sencillas– ha de sentirse apelado hacia el pensamiento

abierto, liberado, deseante, anhelante de mayores significados o prolongación.

Tomemos un fragmento alusivo a los conceptos o significaciones que nos han de rondar desde un principio: “¿Qué queda del amor, como es evidente, cuando ya no está? Tantas cosas que es imposible enumerarlas (he aquí el espacio abierto a que antes he querido aludir). Todo un mundo”. Y entonces el canto se abre y se prolonga como un sueño vinculante, deseado como pasión y como conocimiento. Convengamos, desde luego, que el texto al que el lector le otorga su voluntad y su comprensión es, al fin, un compendio de sentimiento reflexivo que le propicia un paisaje literario a cambio de una entrega decidida, ofrendada desde su propia actitud personal; así implica la literatura cuando de tal se trata, sin fingimientos.

El discurso-canto se prorroga siempre bajo la advocación de una implícita comprensión, un diálogo permanente donde esa inteligencia observadora y ‘sentiente’ establece pronto el vínculo que propicia a los comportamientos emocionales, afines.

“Lo esencial no termina (adviértase que el mismo orden de las frases otorga aquí la forma de un escenario casi onírico). El amor es mucho más que la depredación tan animal, tan atenta, tan curiosa, tan ávida, tan apasionada, tan embrujadora, de un cuerpo desconocido.

Permanece instalado mucho más que la contigüidad tan turbadora, odorífera, extraña, estupefaciente, que nace de la presencia física.

Hasta las plantas añaden al polen el néctar, al néctar el perfume, al perfume el color –para retener lo que les ayuda a resucitarse.

Entonces, sublimemente, súbitamente, las plantas, como ebrias de sus propios esplendores, incorporan a los animales, a las mariposas, los pájaros –para añadir a la erección el movimiento, al color el canto, y al canto, la memoria.

Y, finalmente a la memoria la nostalgia, estación tras estación, en la rueda de las estaciones, que no es otra cosa que el deseo del deseo que da la vuelta del tiempo en la luz celeste”.

Todo como una larga letanía. “Una enhebrada y sutil sinfonía del mar y el amor”.

Como dentro del mar y el amor.

Tal es el sempiterno canto



Carrie Jenkins. Amor triste.

Herder, Barcelona, 2023

¿Es que acaso la palabra –el valor amor– no ha alcanzado significación precisamente porque lleva implícito el riesgo de acabamiento? Mas, ¿es que acaso podría ser de otro modo siendo una tarea tan antigua en la que viene especulando-invirtiendo (y fracasando) el hombre desde sus orígenes?

O bien, reparemos de otro modo, y para ello sería bueno precisar los métodos, las intenciones, ¿no ocurre con sospechosa frecuencia que pensamos el amor como una forma de utilidad? Siendo así, cuidado, el instrumento se volverá inesperadamente contra quien lo utiliza (mal).

Ya en el prefacio, casi a modo de advertencia, escribe Jenkins, la autora: “Yo tenía algunas preguntas. ¿Qué pasa si no soy feliz? ¿Qué pasa si estoy triste? O, peor aún, deprimida”. Y después de

reconocer su propensión a filosofar, sigue enriqueciendo su monólogo: “¿Por qué había estado asociando el amor romántico con la felicidad? ¿Qué sentido tiene esa asociación? ¿De dónde procede? ¿Cuáles son sus efectos? (...) Mi forma de pensar las cosas es escribiendo, así que en 2017 empecé a escribir este libro”.

En efecto, el amor, como sentimiento cuando menos dual, tiene algo de espejo. Es bueno pensarlo, pensarse.

Y continuando el viaje especulativo por este libro que invita a cuestionar la entidad –sustancia– significación de esa palabra que, en habiendo aparecido en una solapa de un libro, al parecer ya garantiza un 20 % de ventas (sea, ¡ay!, que el problema es universal, implica a muchos, incluso a los solitarios) vamos descubriendo algunos planteamientos dialécticos/disquisiciones de interés.

En tratando de materia como esta, sería inevitable que tarde o temprano apareciere el poema, la poesía, y así la autora, en un momento dado, toma prestado de un poema de E. E. Cummings: “Entonces/ ríe, entre mis brazos recostada/ porque la vida no es un párrafo// Y la muerte pienso no es un paréntesis”. Tal vez sorprendida, o en un gesto diletante, reconoce después que “el amor (aquí) se identifica con la pasión y la emoción. Es un sentimiento”.

Y la razón nos viene (¿por qué la sorpresa?) de la historia: *Eros* es una palabra del griego antiguo que se traduce de diversa forma como *amor*, *pasión* o *deseo erótico*, y la poetisa Ann Carson inspirándose en un inmenso abanico de literatura “desde Safo y Homero hasta Rilke y E. Dickinson sostiene que el Eros se ha concebido en buena medida del mismo modo desde la antigua Grecia hasta la actualidad”.

Qué insistencia, qué permanencia, y, a la vez, de continuo especulando sobre él, en torno a él.

Esta versión del Eros, escribe Jenkins (*la* versión del Eros, tal vez se debería escribir) es, en efecto, dulce y amarga, tan dolorosa como placentera, y como tal –y aquí vendría la didáctica– “es de naturaleza paradójica y contradictoria”. Y a continuación viene ya el argumento que la erudita Carson expone con perfecta decisión: “el Eros consiste en un estado de carencia o de necesidad (...) que nunca puede satisfacerse plenamente, pues de lo contrario se extingue o deja de existir. Por tanto, el Eros es, por naturaleza, inestable...”.

Y no me digas, lector, que eso no es un algo triste a sabiendas de las energías que ponemos, tantas veces, en confiar en él.

En fin



Jeremy Robbins. Reinos incomparables. España en el Siglo de Oro.
Pasado&Presente, Barcelona, 2023

El sueño, los sueños, han ocupado tanto tiempo y significación en el manierista reino de España. Y todo por la gloria del monoteísmo, del poder, de la representación. He ahí, sí, el Gran Teatro del mundo donde se representaron durante algunos siglos todo tipo de tramas, más o menos humanas. ¡Ay cuando dé su dictamen el juez de la historia! (que aquí no llegará nunca con sus papeles).

Solamente la expresión Siglo de Oro ya presupone un distanciamiento, una voluntad hiperbólica si la trasladamos al actuar monárquico: ‘Viva el espectáculo’. Sin embargo, es de justicia decirlo, hombres brillantes en las artes y las ciencias y las letras dieron lustre a una época donde la arrebatada Europa despejaba sus propias tinieblas.

En fin, de todas las grandilocuencias más o menos reales y la de circunstancia histórica, la vida real del hombre sobre un territorio real, da cuenta este libro equilibrado en sus apreciaciones históricas, en sus detalles minuciosos de la descripción social, política, cultural... Y todo ello resulta renovador como criterio para el buen entendimiento de la peculiar realidad llamada España.

A pesar de la elevación o trascendencia que a todo bien o prosperidad se suele anudar, hay un hecho material, real, cierto, que es fácilmente entendible si consideramos la importancia de la conquista de América y, por extensión, la forja de ese imperio que habría de mantener a España a la cabeza de los países poderosos donde los hubiere. En este sentido hay un apartado de este libro ‘La llamada del mar’, que, a mi entender, explica y casi razona el fundamento de tanta riqueza y bienestar. Sea dicho, por cierto, que el enlace de vínculos religiosos, artísticos y aventureros que incardina el profesor Robbins en este estudio son del todo pertinentes –nada actúa por sí, define por sí un auge de tales características– sino que pudiera señalarse como un argumento enriquecedor, añadido, a lo que tantas veces ha venido considerándose la grandeza de España solo por ser la receptora de las riquezas de Indias. Otros soportes de carácter idealizante, religiosos en cuanto que vinculan un bien material a una especie de designio divino, explican con mayor detalle las circunstancias trasladadas a la vida real de la Corte en forma de riquezas, y poder, y fe triunfante, figurativa.

En el apartado citado podemos leer, siempre bajo el marchamo de un lenguaje pulcro y culto, apoyado en un razonamiento aceptable: “La base material de la España de la Edad Moderna

fueron los viajes marítimos; la exploración llevó a la conquista, y esta a la llegada de oro y plata y al comercio mundial (...) No debe sorprendernos, pues, que los barcos y la navegación aparezcan de forma destacada en la imaginación española. El mar era un símbolo poderoso y omnipresente por su fuerza y su impredecibilidad (...) Los naufragios ofrecen un punto de partida de muchas narraciones, tanto en la ficción (*El peregrino en su patria*, *Persiles*, *El Criticón*) como en el teatro –de tan poderosa influencia social y cultural–, sobre todo de las tramoyas escenificadas en la corte (...) Como recurso argumental, el naufragio establece de inmediato un viaje del caos al orden, un viaje que caracterizaba el teatro y la narrativa de la época. Y esto nos dirige a por qué navegar, el mar y sus peligros eran un tema tan popular: su interpretación moral y existencial, fácil y directa”.

Más adelante, siguiendo con el argumentario sobre el que se basaban el comportamiento social e idealizante, se resalta, de una parte, el que “los conventos eran instituciones donde las mujeres –siempre partícipes activas en esta realidad socio-económico-cultural de la época– ejercían una considerable autoridad y autonomía, aunque dentro de las ataduras de una sociedad patriarcal.

En cuanto a la participación, muy relevante, de la orden de los jesuitas, por la conexión sorprendente entre ellos y la fundadora, Juana de Austria, de las Descalzas reales, convento de acuñado y monárquico poder donde los hubiere en la corte; teniendo en cuenta su estatus como Habsburgo y que fue regente de España entre 1554 y 1559, su compromiso con la nueva Compañía de Jesús, fuera cual fuese su implicación, representaba un enorme beneficio potencial.

En fin, señalar, al tiempo, que “Al celebrar la eucaristía, los tapices celebran un aspecto de la fe fundamental en el imaginario católico y Habsburgo. Encargados por un Habsburgo en un dominio Habsburgo para ser mostrados en otro, representan los hilos ideológicos y dinásticos con los cuales la dinastía intentaba unir Europa”.

Poder e ideología, poder y elevación: símbolo inequívoco de una grandeza representativa, deseada



Boleslaw Lesmian. Antología poética. Ed. de Agata Joanna Kornacka. Seshat, Alicante, 2021

Si siempre es grato y provechoso el leer, más quizá lo sea el dar con un autor que, si bien desconocido en España, aporta como tal la voz, el significado y todo el simbolismo que pueda aportar un escritor que queda bien definido por una voz única, propia, ‘esa que solo él podría aportar a la lectura’, de lo cual el lector se esperanza y enriquece.

Y no es nuevo cronológicamente el autor, pues es nativo de la feraz, poética y extensa tierra polaca de allá por los años entre 1877-1937, pero sí por cuanto en su poética-aforística (o aforismo-poético) nos descubre un mundo literario original, inteligente, juguetón y de un raro sentido del humor que hunde sus raíces en el filósofo Bergson:

*El Matías de enfrente, que le falta un tornillo,
a caballo corre fuerte, de los cielos el visillo!*

Su dicción es de una personalidad arrolladora y, si bien parece querer confundir en ocasiones con versos manifestamente aligerados y casi infantiles, consigue en otros momentos una intensa raíz en sus expresiones que pone de manifiesto su capacidad introspectiva respecto no solo del interior del hombre, sino de su conocimiento de la palabra como aporte reflexivo, incluso trascendente.

¡Cállense los sueños..! ¡Pónganse las flores..!

Sólo aquel pajar – real me parece...

Y tú, ¿por qué lloras? – De nuestros dolores

la gente que vive – ni se estremece.

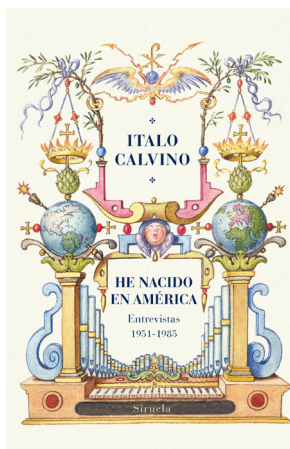
Me temo que no es en vano, sino un gesto bien deliberado, el hecho de que algunos de los contenidos poéticos de este texto que aporta viva compañía es el uso de una fórmula semejante al aforismo al expresarse, toda vez que en ello se puede aludir-apor-
tar un valor de trascendente significado al discurso que no obtendría tan fácilmente si se transmitiese sobre el verso desnudo.

De ahí su vigencia formal, su aporte inteligente y, sobre todo, ese grado de proximidad que, aún siendo su destinatario ese otro que lee y escucha (se escucha) aporta un grado de compañía y solícita amistad que no resulta en vano para la emoción del atento lector.

La más recta primavera la vio un oriundo,

el que Jedrych se llamaba... ¡él y nadie en el mundo!

En fin, oriundo o no: pasen y lean



Italo Calvino. He nacido en América. Entrevistas 1951-1985.
Siruela, Madrid, 2023

El hecho de que un escritor se preste a ese arte difícil de la entrevista (en este caso a ser entrevistado) supone no solo un rasgo de generosidad sino también de identidad (a sabiendas, eso sí, de que la habilidad del entrevistador tiene buena parte del protagonismo) por cuanto se ‘expone’ a que el otro, el lector, conozca y entienda buena parte del fundamento de sus secretos, conozca sus tomas de postura respecto de asuntos ya sea recientes como del pasado y, sobre todo, aporte sugerencias más o menos explícitas donde el atento lector no solo conocerá el fundamento de su arte de escritor, sino de sus dudas y anhelos. Es lo que en el fondo, creo, interesa a quien abre el libro para leer: a ver si ese que habla se parece en algo a mí, o yo a él.

Para el caso de Calvino, escritor original, imaginativo, con una narración depurada por el conocimiento de la materia y por

sus ricas vivencias, cualquier apartado puede resultar de interés, pero, tratando de identificarle en algunos apartados concretos, podemos acudir a algunas páginas que resultan realmente significativas; y siempre de una rara actualidad, lo que califica a Calvino como un hombre vivo para la realidad, vivo para la inteligencia del vivir:

P- Ahora resuenan fragores de guerra por todas partes...

R- No puedo imaginar cómo podría ser la próxima guerra mundial. La paz de la que gozamos ahora está basada en el equilibrio armamentista y bastaría con que uno de los dos bloques sintiera más fuerte para que la tentación de la guerra se volviera irresistible.

(¿Acaso estamos, hoy, lejos de un panorama socio-político que excluya estas consideraciones?)

P- ¿Quién será el vencedor al final?

R- Los ratones. ¿Sabes que en Roma hay un ratón por habitante?

(He ahí una respuesta fiable e imaginativa. Y además los ratones, por el hecho de serlo, transmiten el temor, la pandemia, sea de la naturaleza que fuere)

P- Quisiera que me hablaras del asunto Fiat, del Partido Comunista y del papa Wojtyla.

R- Mira, si nos ponemos a hablar de política, esta entrevista se volverá como cualquier página de periódico (...) En los diez o quince años recientes, Italia ha vivido, quizá desordenadamente, una de las revoluciones más profundas de su historia. De ser un país agrícola, se convirtió en un país metropolitano, de ser católico, se convirtió en laico. Y esto son cambios irreversibles porque tienen relación con la mentalidad de las personas.

(Alude a años anteriores a día de hoy, pero la enseñanza ahí está, la reflexión, seria, queda patente)

P- Describeme un poco tu vida. ¿Cómo son tus jornadas?

R- En general, en cuanto me levanto, tengo ganas de salir a buscar los periódicos... Los guardo para leerlos por la noche. Pero luego, en la noche, prefiero leer un libro; tengo siempre una pila de libros en mi mesa de noche.

(El vivir consciente exige actualidad viva; tal vez de ahí la importancia, la exigencia de tener los periódicos)

P- En la organización de tus lecturas, ¿dedicas más tiempo a la narrativa, a la poesía o al ensayo?

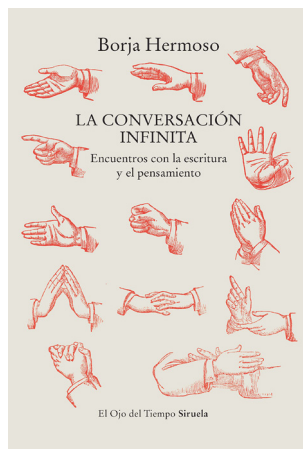
R- Soy un lector omnívoro y, además, entre mis tareas profesionales está la de lector editorial. Trato de reservar el mayor tiempo posible para lecturas desinteresadas, para los autores que me gustan, ricos en sustancia poética, el verdadero alimento en el que creo.

(Repara, lector: al fin –y al principio– siempre la poesía. Principio y fin de la literatura)

P- ¿Cuáles son tus autores preferidos?

R- Veamos: en el siglo xx (¡) Paul Valéry ocupa un puesto clave, el Valéry ensayista, que contrapone el orden de la mente a la complejidad del mundo. En esta línea, en orden ascendente pondría a Borges, Quenau, Nobokov, Kawabata.. (y ahora continúa el lector en su 'diálogo' con el escritor esperando que le diga algún nombre actual (asóciese con ello) o bien le sugiera algo en relación con sus gustos, con su definición de escritor... Al fin y al cabo se interesó por él).

Así procrea la literatura: hacia el amplio futuro, por fortuna



Borja Hermoso. La conversación infinita. Encuentros con la escritura y el pensamiento.
Siruela, Madrid, 2023

“Sólo contemplo el género periodístico de la entrevista como conversación”, escribe el autor a propósito de su misión, de su función por su calidad de interlocutor; un gesto democrático que no es difícil de advertir que se pone de manifiesto en cada una de las entrevistas reproducidas aquí, realizadas a personajes relevantes, significativos en distintas áreas en el desempeño de sus tareas en torno al pensamiento creativo, y que nos aproximan, por la calidad de su criterio, a un conocimiento mayor y mejor del mundo convulso en que nos vamos moviendo diariamente.

Haciendo caso a un subtítulo que, en principio, tiene atractivo para el buen lector, del encuentro con la escritura destacaría,

en este libro rico y ameno y recomendable para escuchar a ese otro que ha demostrado capacidades en su discurso –capacidades, entiéndase, como la capacidad de reflexionar, de analizar, y por ello de transmitir algo de semilla racional, constructiva. Por ejemplo cuando Juan Marsé, un autor de relevancia significativa en la novela realista, señala: “Se suele hablar de un don, el don del talento para crear. Pero también se necesita cierto talento para leer (...) Tiene que ver con la cultura, pero también con la sensibilidad... y eso se tiene o no se tiene”.

La conversación se hará infinita en la medida en que nos hagamos cargo de que el humano, con capacidad imaginativa amplia y con curiosidad innata, puede prolongar los argumentos del decir, del pensar, de la sorpresa o novedad más allá de cualquier canon establecido: de algún modo pone de manifiesto la libertad como perspectiva de manifestación vital, como paisaje.

Inma Puig nos acerca a esta realidad en ocasiones ladeada: “Para poder ver la cantidad de cosas que pasan en las relaciones (la naturaleza intrínseca de la curiosidad) hay que entender a las personas). Y para ello, continúa, hay dos caminos: “El corto es ponerse en el lugar de la otra persona. El otro, el largo, está al alcance de todo el mundo. Consiste en seguir la anatomía: Tenemos dos oídos y una boca, así que, si queremos entender al otro, tenemos que escuchar el doble de lo que hablamos. Y con un oído hemos de escuchar lo que nos dicen, y con el otro, lo que no nos dicen... que a veces es más importante”.

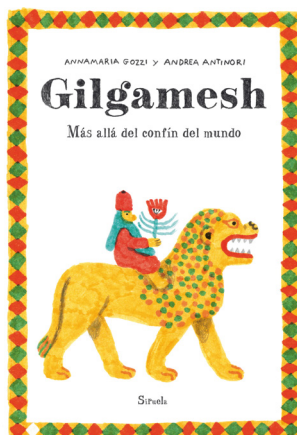
Los puntos de vista, los razonamientos, jamás se excluyen, sino que se complementan como resultado de la lectura de este libro en favor del diálogo, entendido este en sentido generoso y amplio.

Gai Xingjian alude al degradado (y degradante, tantas veces) del mal llamado mundo de la política (acaso politiqueo, o politiquerías) y dice: “Un intelectual debe ser lo suficientemente maduro como para saber distanciarse de la política. Yo estoy frontalmente contra la dictadura y contra la censura, pero para estarlo y sentirme bien moralmente, me obligo a permanecer al margen de lo político. En política, las palabras lo esconden todo, según el interés. En el arte, no. En ese sentido, el arte es más veraz que la historia”.

Cabe resaltar también un ejemplo práctico de actitud artística, la de un veterano como Peter Brook: “Para llegar a la sencillez –entiéndase el discurso humano expuesto con argumentos claros y definidos– antes hay que haber pasado por las formas más barrocas y extravagantes imaginables. Yo lo hice. Hay que tener un montón de verduras encima de la mesa para saber con cuál quedarse, cuál es la mejor”.

Y, en el decir pensante, no ignoremos en lo posible la aparente contradicción o la dicotomía. Preguntado Ernesto Cardenal si para él Dios no es uno, unívoco, cerrado e indiscutible, responde, que no. “Pueden ser varios. O puede no creerse en ningún Dios. Los ateos dicen lo mismo que decían los cristianos primitivos, que también fueron ateos”.

Tal vez, como conclusión anímica y cultural habría que tomar en consideración la afirmación de Fernando Savater: “Leer es un placer y los placeres no se enseñan, se contagian”. Luego, el ser y raciocinio de cada cual decidirá. Por sí



VV. AA. Gilgamesh. Más allá del confín del mundo.
Siruela, Madrid, 2023

Cómo no recordar, dentro del contenido de nuestras lecturas, el vívido relato de la guerra de Troya (la Iliada) así como las vicisitudes por las que hubo de pasar Ulises hasta regresar a su amada Ítaca, allí donde le esperan su familia y su fiel perro.

En esos libros, el relator, Homero, supo llenar nuestra imaginación de aventuras para destacar el heroísmo de un hombre cuya valentía habría de servir de modelo a muchas generaciones posteriores.

He aquí, no obstante, que esta nueva lectura que se nos propone ahora, la historia de Gilgamesh ‘se adelanta al menos mil quinientos años a la epopeya de Homero’.

Su realidad como libro nació del trabajo y la curiosidad (en favor del conocimiento, de lo nuevo y distinto) llevados a cabo por George Smith. Siendo un apasionado estudioso de la lengua

asirio-babilónica, tras muchas excavaciones, viajes y estudios, pudo reunir las tablillas de arcilla y descifrar la escritura cuneiforme. “En ellas salió a la luz la historia de Gilgamesh, soberano de la ciudad de Uruk (en la Mesopotamia), la primera ciudad del mundo antiguo”.

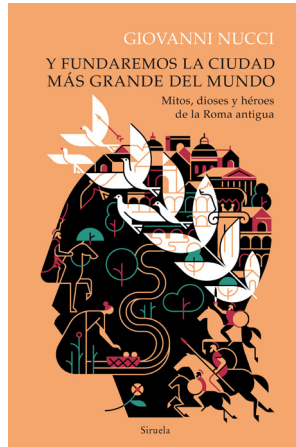
¿Y quién era este intrépido personaje? Leamos: “Invencible entre los guerreros, nuestro héroe gobierna su ciudad con arrogancia. Para apaciguar el lamento de su pueblo, los dioses modelan arcilla y estrellas, y dan vida a Enkidu, una criatura de igual fuerza y belleza, capaz de enfrentarse al soberano. ¿Y cómo se fragua la apasionante historia? (en parte divina, en parte humana, tal como solía expresarse la historia en la antigüedad, con fines didácticos) (...) Nada más ver a Enkidu, Gilgamesh lo desafía; teme que pueda ser más fuerte que él. Pelean durante mucho tiempo, hasta que reconocen que ambos son igualmente valerosos”. Y he aquí lo extraordinario de la historia, pues, “a partir de entonces se vuelven amigos inseparables. Hermanos”.

Juntos realizan hazañas nunca concedidas a los hombres, razón por la cual es como si desafiase a los dioses. Entonces recae sobre los dos héroes una sentencia de muerte: uno de los dos deberá morir. “Enkidu ve en sueños su muerte”.

El hermano vivo arriesgará su vida en innumerables y peligrosas aventuras para encontrar a su hermano, que no regresa, y devolverle a la vida... “Y aquí comienza la maravillosa historia”.

Solo queda, niños, mayores, adentrarse en los contenidos de tales aventuras, que –alimentadas de ingenuos dibujos coloreados con sencillos colores– nos llevarán hasta un destino que...

Adentraos, sí, en la historia, en la vida, en vosotros mismos. Qué didáctica y emocionante aventura



**Giovanni Nucci. Y fundaremos la ciudad más grande del mundo.
Mitos, dioses y héroes de la Roma antigua.
Siruela, Madrid, 2023**

En ocasiones damos con pasajes en un libro que, si bien no definen el libro, sí servirían para definir el espíritu del libro. Y tal pudiera ser el caso a que quiero referirme cuando leemos: “Latino seguía mirando el portón del templo de Jano, absorto en los terribles pensamientos que un rey puede tener cuando debe decidir si llevar o no a su pueblo a la guerra”.

¿Pero es que acaso la historia no viene bien trufada de páginas de guerra, de enfrentamiento, de adquisición de prevalencia – por las razones que fueren, reales o inventadas interesadamente– sobre el otro (rey), sobre los otros (los vecinos)?

De aquí que me parezca de una rara delicadeza el argumento que el autor utiliza para exponer la duda de Latino quien, en un principio, se nos presenta como un rey humano y prudente:

“Era como si ya pudiese ver los cadáveres de sus hijos en el campo de batalla, cubiertos de polvo y sangre”. Y una parte de su argumento lo desarrolla así: “En realidad, Latino solo tenía una hija, Lavinia, que ciertamente no iría a la guerra. Pero era un rey anciano, no tenía descendientes varones y consideraba como suyos a todos los hijos de la ciudad de Laurento, a todos los soldados. No quería verlos morir, no quería que se derramara más sangre”. Un argumento fundado, diríase, casi inexcusable.

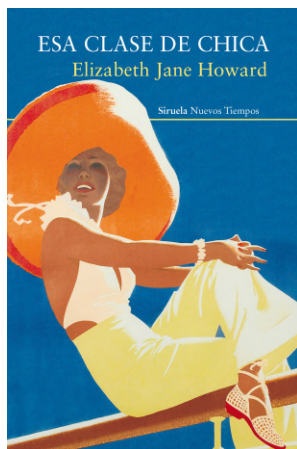
¿Acaso ha habido en la historia argumentos más abundantes y fundados que el referirse al dominio, a la guerra, al confrontamiento como una forma de comportamiento; una referencia tan trágica como las tales para vivir, para sobrevivir? Incluso cuando la historia del hombre ha querido referirse a la sustancia y la presencia del amor, siempre el protagonismo obsesivo y vano de los hombres ha debido vincular tal sentimiento a una pretensión distinta: la transmisión del poder, el afán por la herencia...

Al parecer, no obstante, Lotario tenía vinculada su voluntad a una pretensión noble, y es así que para poder alcanzar sus pretensiones “pensó –escribe Nucci– en elevar sus pensamientos y sus plegarias a los dioses que desde siempre habían gobernado el Lacio y lo habían protegido. Esos dioses de los que él mismo descendía”.

Claro que, bienvenida sea su preocupación por los desastres posibles de la guerra, pero, ¡ay!, al fin y al cabo estamos, una vez más, aludiendo a la guerra como realidad, como protagonista. *Homo homini lupus*.

La narración, digamos, está bien escrita, y la función del libro resulta, sin duda, didáctica; al fin, tal como se nos indica en la presentación: “una mezcla de historia, leyenda, mitos, fábulas y

aventuras en un cuento largo que nos lleva de la destrucción de Troya a la fundación de 'la ciudad más grande del mundo'; la antigua ciudad de Roma



Elizabeth Jane Howard. Esa clase de chica.
Siruela, Madrid, 2023

Uno de los secretos de toda literatura es su capacidad de seducción, tal como un buen lector estaría dispuesto a refrendar. Por la oportunidad de ser protagonista, claro está; él ha sido el seducido. ¿Quién en sus cabales no refrendaría tal aparente debilidad?

Elizabeth J. Howard, la autora que nos ocupa (1923-2014) bien que conocía (¿por su condición de mujer?, ¿por su inteligencia?) las artes de la seducción, y en tal sentido se revela el interior de esta novela donde, más que descubrir el encanto de una bien hilvanada historia humana, lo que prevalece es el decir, el gesto intuido a través de las palabras, la ironía que otorga un relieve más amplio a la realidad...”. Su cara tenía el aspecto de haber sido frotada con un puñado de suave nieve. Todavía estaba pálido, pero resplandecía con una mezcla de lo que parecía

miedo, indignación o resentimiento. Algo ciertamente desconocido tanto para Edmund como para Anna”.

Se describe (y analiza, y observa minuciosamente) un mundo selecto, elegante -pero no por ello dejan de ser prosaicamente reales los sentimientos más comunes y las actitudes más o menos encubiertas-, un mundo un tanto ‘separado’, distinguidamente poetizado incluso, pero quizá por ello ilustrativo, con su aquel de necesario humor para que sea de verdad creíble, y nítidamente preciso en lo observado.

Alguien sostiene que la literatura es el reflejo demorado de otro ejercicio interior, espiritual. Se observa aquí por la sutil advertencia que el lector atento siente al atender a la argumentación de cómo transcurren las circunstancias, cómo se piensa la realidad para vivirla: “¿De verdad? ¿No crees que le hacía ilusión en secreto? Parecía de lo más raro esta mañana...”. O bien, atendiendo a una cotidianeidad menos introspectiva pero no por ello desatendido el detalle: “Era otro día precioso: había rosas silvestres en los setos del camino que iba y volvía hasta Mulberry Lodge, pero pronto se encontró en otro más amplio y aburrido. El cielo estaba desacostumbradamente azul para Inglaterra, y la carretera relucía como el acero. Conducía con gran precaución, permitiendo que todo el mundo la adelantara, porque eso le permitía darse cuenta de las cosas y pensar sobre ellas mientras realizaba al mismo tiempo una lista mental de lo que quería comprar”.

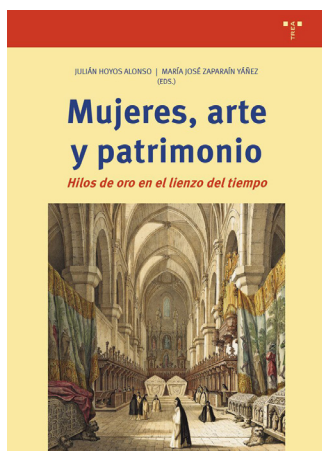
Es en la excelsitud de lo demorado donde lo pequeño alcanza, para el observador discerniente, la gigantesca minuciosidad de lo casi irrelevante y, por ello, imprescindible. La palabra, cuando ha sido elegida con mimo e inteligencia, equivale a algo

así como el condimento sin el cual una buena comida no podría alcanzar el grado de irresistible.

Tal vez en ello hayamos de ver una de las características distintivas de la tradicional literatura inglesa, donde ni una sola de las piezas de la descripción parece estar fuera de lugar; antes al contrario, la novedad del detalle (tal como ha resaltado siempre Nabokov) realza y distingue el significado de lo escrito, de lo leído.

El discurso que restablece la armonía entre la ‘prescripción’ de lo dicho y la ‘curación’ emocional de lo leído transforma, para bien, el ejercicio de leer en la mayor y más noble de las democracias. Salud en las palabras

La traducción, aquí, al tiempo, contribuye a la política constructiva de los interlocutores



VV. AA. Mujeres, arte y patrimonio. Hilos de oro en el lienzo del tiempo.
Trea, Gijón, 2023

La voluntad del texto, dentro del objetivo de propiciar conocimiento artístico y cultural con carácter pedagógico, es poner de manifiesto, apoyándose en distintos y numerosos trabajos llevados a cabo por especialistas, “un invisible hilo conductor en la gestión histórica de la memoria, particular y colectiva” como tarea propiciada de uno u otro modo por mujeres.

Durante mucho tiempo –leemos en uno de los trabajos incluidos en este libro, y dedicado a la colección de pintura de la poderosa señora guipuzcoana María de Lazcano (1593-1664)– el estudio de la promoción artística en el Antiguo Régimen dirigió su mirada a la masculina. Ahora bien, “esta tendencia ha cambiado en las últimas décadas con un número creciente de publicaciones y actividades que tienen a la mujer comitente de

arte como protagonista (...) En esos trabajos se observa una mayor atención por la labor edilicia y fundacional femenina (...) Tal y como han revelado los estudios dedicados a reinas, infantas y nobles, la posesión de cuadros por parte de estas damas fue la norma, elemento esencial del ornato de sus palacios –algo observable hoy, por ejemplo, al girar una visita al palacio real de Madrid, por ejemplo, sobre todo en lo que hace a algunos ejemplos del ornato– conventos y capillas”. Y continúa: “en sus manos, lienzos, tablas y cobres fueron soporte de expresión de los valores de su dinastía, estamento, piedad y preferencias estéticas”.

Desde luego, resultaría una anomalía histórica ocultar el protagonismo artístico a la mujer a sabiendas de su influencia, más o menos puesta de manifiesto, de su contribución estética y funcional al patrimonio artístico, ya fuere como autoras, ya como definidoras de un gusto y una funcionalidad propias.

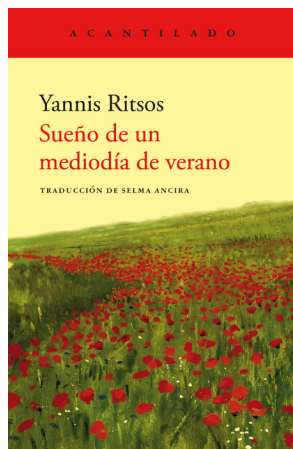
La definición explícita del título del libro se avala profusamente, con estudios tales como ‘Reinas e infantas y la recepción de la cultura andalusí en los reinos de Castilla y León durante la Edad Media’ hasta el muy específico ‘Mujeres, medallas retrato e imagen de poder en el Renacimiento; de la legitimación política a la alegoría del buen gobierno’; desde ‘Una imagen vale más que mil palabras. Isabel Clara Eugenia y la retórica visual como herramienta política y de persuasión’ hasta ‘Mujer y propaganda durante la guerra civil española’, llegando ya a tiempos recientes.

El estudio recogido aquí es, pues, no solo oportuno sino que, en su rico didactismo, hace justicia histórica y estética a lo que ha sido la realidad.

Habiendo sido, estos estudios, redactados por especialistas, adquieren un valor añadido, no solo por la información

cualificada aportada, sino también por el valor del lenguaje utilizado y el exponente argumental, claro y definidor.

Un libro de consulta, sí, pero tan útil como necesario



Yannis Ritsos. Sueños de un mediodía de verano.
Acantilado, Barcelona, 2023

Si el poeta dice (si el poeta piensa), si el poeta escribe: “Hacemos anillos de flores y nos desposamos con los árboles, con el aire, con el primer silencio” hemos de creerle; necesariamente hemos de creerle.

El poeta es un mago de los sentimientos, es un hacedor de sentimientos, es un soñador de sentimientos: y estamos tan necesitados de sueños, ahora que vemos cómo, lamentable, progresiva y lentamente se van desgranando (se van degradando) las palabras para quedarse en meros esqueletos de cosas...

“Por las tardes las acacias se asoman por nuestras ventanas y saltan a través del marco abierto, dejando olvidado en el jarrón un ramito florido”; sí lo sabemos porque así lo soñamos.

El poeta griego Ritsos, cuyo compromiso vital supuso a la vez un compromiso social tan amplio como solidario con la vida,

tuvo tiempo, ¡ay!, también, de hacernos compañía no cuando limpiaba las palabras y las unía en oraciones vitales y hermosas, sino para más adelante, cuando fuesen leídas, pues sentía un vínculo con nosotros, solitarios, que nos alumbraba y acompaña.

Alguien ha escrito que leer es (debe ser) como rezar.

Su vínculo con la realidad diaria, cotidiana, la más humana que considerarse pueda, queda reflejada con firmeza y convicción en esta hermandad de prosa poética que no permite la indiferencia ante su evocación: “Anoche dormimos acurrucados en el delantal de la primavera, apoyando nuestra cabeza en su corazón. Oímos en sueños el aliento de las aves y el latido de nuestro corazón. Por la mañana, cuando despertamos, vimos al cielo caminar en nuestro dormitorio; picoteaba las migajitas de las sombras que se habían quedado en el suelo desde la noche anterior”.

Y concluye, tendiendo su mano armonioso-ecológica: “Un segundo, vamos a lavarnos y ya estamos”.

La lectura, que, en su forma más fiel a nuestro interior ha de tener ese algo de oración –por ello mismo posee la condición noble de la compañía sentiente– es, o ha de ser adoptada, como un lazo amistoso y un bien.

Es una suerte, pues, en tiempos de tan larga y desleal zozobra, topar con libros como este que, si bien breves en su forma y extensión, resultan al final de honda raíz como las hermosas flores que, solitarias en la colina, ofrecen aroma y color por su humildad y entrega.

Y este libro viene pleno de esas flores sencillas: “Antes hacíamos nuestros deberes, rezábamos nuestras plegarias y repetíamos que dos más dos son cuatro.

Ahora, dos flores más dos rayos de luz no son cuatro, son nuestra alma”



Este libro se terminó de imprimir el día 22 de abril de 2025,
víspera del Día del Libro: un recordatorio de que las palabras
tienen el poder de cambiar el mundo
(cada página es un viaje y cada libro, un refugio).

*Los buenos libros son siempre campos magnéticos
de cuya atracción no se puede huir.*

Italo Calvino

ÍNDICE

Aurora Luque. Las sirenas de abajo.....	11
Acantilado, Barcelona, 2023	
Yuri Andrujovich. Pequeña enciclopedia de lugares íntimos.....	14
Acantilado, Barcelona, 2023	
John Gage. Color y significado. Arte, ciencia y simbología.....	17
Acantilado, Barcelona, 2023	
Jeremy Dauber. El humor judío. Una historia seria.....	20
Acantilado, Barcelona, 2023	
Aurora Luque. Aquel vivir del mar. El mar en la poesía griega.....	23
Acantilado, Barcelona, 2023 (reimpresión)	
Bernd Brunner. La invención del norte. Historia de un punto cardinal.....	25
Acantilado, Barcelona, 2023	
Francesco Petrarca. Remedios para la vida.....	28
Acantilado, Barcelona, 2023	
Adam Zagajewski. Verdadera vida.....	31
Acantilado, Barcelona, 2023	
Howard Zinn. No puedes ser neutral en un tren en marcha.....	33
Almuzara, Córdoba, 2023	
Pedro Calderón de la Barca. Calderón esencial.....	36
Biblioteca Castro, Madrid, 2023	
Julio Camba. Libros de viaje.....	39
Biblioteca Castro, Madrid, 2023	
Gonzalo Fernández de Oviedo. La historia general de las Indias.....	42
Biblioteca Castro, Madrid, 2023	
Alfredo González Ruibal. Tierra arrasada.....	45
Crítica, Barcelona, 2023	

Pedro Gobeo de Vitoria. Naufragio y peregrinación.....	49
Crítica, Barcelona, 2023	
Anthony Sattin. Nómadas.	52
Crítica, Barcelona, 2023	
Albert Camus. El derecho a no mentir.	55
Debate, Barcelona, 2023	
Pascal Quignard. El amor el mar.	58
Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2023	
Carrie Jenkins. Amor triste.	61
Herder, Barcelona, 2023	
Jeremy Robbins. Reinos incomparables. España en el Siglo de Oro.....	64
Pasado&Presente, Barcelona, 2023	
Boleslaw Lesmian. Antología poética. Ed. de Agata Joanna Kornacka.....	68
Seshat, Alicante, 2021	
Italo Calvino. He nacido en América. Entrevistas 1951-1985.....	70
Siruela, Madrid, 2023	
Borja Hermoso. La conversación infinita. Encuentros con la escritura y el pensamiento.	73
Siruela, Madrid, 2023	
VV. AA. Gilgamesh. Más allá del confín del mundo.	76
Siruela, Madrid, 2023	
Giovanni Nucci. Y fundaremos la ciudad más grande del mundo. Mitos, dioses y héroes de la Roma antigua.....	78
Siruela, Madrid, 2023	
Elizabeth Jane Howard. Esa clase de chica.....	81
Siruela, Madrid, 2023	
VV. AA. Mujeres, arte y patrimonio. Hilos de oro en el lienzo del tiempo.....	84
Trea, Gijón, 2023	
Yannis Ritsos. Sueños de un mediodía de verano.	87
Acantilado, Barcelona, 2023	



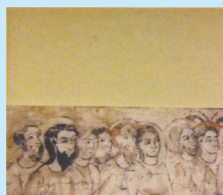
La literatura, las palabras, tienen el don de transformar la realidad real –no la realidad contada y pesada– sino la realidad verdadera, la de la imaginación.

*

Hubo un tiempo en la antigüedad en que a los viajeros relatores de nuevas tierras y pueblos se les exigía veracidad como manifestación de credibilidad.

*

La lectura, que, en su forma más fiel a nuestro interior ha de tener ese algo de oración –por ello mismo posee la condición noble de la compañía sentiente– es, o ha de ser adoptada, como un lazo amistoso y un bien.



Editorial Ortigia